



Ibatín

Blas Rivadeneira

Rivadeneira, Blas
Ibatín . - 1a ed. - San Miguel de Tucumán : Culiquitaca Ediciones, 2015.
120 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-28561-7-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 06/05/2015

Culiquitaca Ediciones
E-mail: culiquitacaediciones@gmail.com
FB: Culiquitaca Contenidos
Teléfono de contacto: (0381) 154-445-669

© **Culiquitaca Ediciones**

Editores responsables: Ezequiel Nacusse, Sofía de la Vega

Diseño Gráfico y fotomontaje de tapa: Camilo Ramos Gatti

Consejo editorial: Horacio Baca Amenábar, Juan Pablo López Alurralde, Ezequiel Nacusse, Sofía de la Vega, Guadalupe Andrea Valdez Fenik, Gabriela Molina Aquino, Raúl Sendín, Camilo Ramos Gatti, Duilio Gatti, y Sebastián Suarez.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Ibatín



*A Ezequiel y todos los que ayudaron
a armar estas historias.*

A Ari, siempre.

“Nacemos y desnacemos en lo efímero”

Gonzalo Rojas

I Iniciación

“Sabes, tú me recuerdas un poema del que ya no me acuerdo,
y una canción que nunca existió,
y un lugar al que no creo que haya ido nunca.”

Abraham J. Simpson

Construyendo a Tomás

Tomás no nació en Ibatín en 1565. A Tomás le gustan los Tatín y nació en la Maternidad una noche lluviosa de verano donde se empañaron las ventanas. Se cuenta que un tío suyo o amigo de su abuela era de León Rougués y fue compadre del poeta boliviano Jaime Freire. Dicen que se suicidó. Pero esa es otra historia.

Para empezar a hablar de Tomás hay que referirse a su pelo: rojo, rubio o castaño, indefinido pero, eso sí, bien lacio, corte de Carlitos Balá para la foto ampliada en un retrato sobre la cama de mamá, en realidad de mamá y papá, pero a mamá le gusta más y está para su lado de la cama. En la escuela algunos compañeritos crueles, moviéndose de lo colorido que es su pelo lo bautizaron pan con salsa, pero mamá dice que son todos unos envidiosos como esa que es una víbora, la Juana, que no deja títere con cabeza y oreja sin sonrojar. A Tomás no le gusta el apodo, pero si untar el pan sanguchero en la salsa de su abuela Sora -la amiga del poeta- e inventar sándwiches imposibles de bistec de papas o lentejas con arroz. La relación con su abuela, que lo mira desde el cielo, era casi la mejor: ella le había enseñado que no tenía que dejarse morder por su primito Juan, que efectivamente no era un

Drácula y que todo se solucionaba con un sopapo bien aplicado en la boca, ¡hasta que se le vaya la maña!

El casi de la perfección en la relación con su abuela quien lo mira desde arriba, al lado de San Blas, el protector de su garganta, el santo del perrito y otros similares, es porque existe Luciana, su prima hermana. La rima con campana no es fácil sino que las visitas de su prima significaban en la vida de Tomás un anuncio vital, un terremoto musical, mucho más importante que la muerte de cualquier presidente o Papa. Frente a sus ojitos brillantes las llegadas de Luciana eran una verdadera fiesta... ella le había enseñado un secreto mágico: los Tatín, los exquisitos alfajores Tatín, sus preferidos, podían ser incluso más ricos si se los dejaba unos minutos en el freezer. A partir del día del descubrimiento, las llegadas de Luciana repetían el ritual: un grito hasta el cielo, un upa como si fuera chiquito y un guiño cómplice para escabullirse a la cocina, sacar el plateado regalo y consumir el secreto sin que se entere ni su mamá ni nadie. A Tomás le encantaba saber que al menos en ese instante de júbilo en este mundo solo existían él y Luciana.

Pero Tomás tenía otro secreto que no se animaba a confesarle ni a su prima. Cuando nadie lo veía, le gustaba esconderse en el ropero de su pieza y llenarse las palmas de las manos con Voligoma. Dejaba que el líquido se seque hasta formar una capa como de chicle que luego despegaba despacito, casi sin uñas. Se pasaba un montón

de tiempo sacándose el plástico que le quedaba. Le encantaba sentir esos pequeños pinchazos pero le provocaba un sentimiento de culpa. Le daba vergüenza. Luciana le había enseñado a ensuciarse las manos. Ella desde bien chiquito le contaba cuentos de libros álbumes con dibujos hermosos y hojas plastificadas y esa voz de ella tan para contar cuentos. Juntos, después, hacían sus propios libros con tijera, cartulinas de colores y Voligoma. Un conejo se transforma en violín o un mono imita cuadros famosos o una mujer camina con la cabeza dentro de una bolsa. Pero por qué esconderse entonces. No sabía. Lo cierto es que se escondía, en el ropero, en el baño, detrás del sofá del living, en cualquier parte o agujero que encontraba y armaba en su cabeza libros álbumes para Luciana. Una carrera de astronautas en la luna, un romance de un oso de gelatina, una tripulación de hormigas en un barco de botella. Le gustaba hacerlos ahí en su cabeza más que en la hoja porque podía imaginar mejor sin preocuparse por la letra o las cabezas que siempre le salen muy grandes y el cuerpo cuadrado. Con los ojos cerrados podía hacer todo mejor y se la imaginaba a Luciana riendo, jugando, saltando mientras se despegaba el cuerito de la yema de los dedos.

Un día viernes mamá y papá tenían que salir por cuestiones de trabajo, lo que era raro a la noche, pero no había nada que protestar porque lo dejaron bajo la responsabilidad de Luciana. Pudo quedarse hasta bieeeeeen

de noche, comer hamburguesas sin lavarse las manos y hasta ponerse él mismo el ketchup según como le gustaba. Como el rojo es su color favorito se puso un montón de ketchup en la hamburguesa con todo el consentimiento de Luciana.

A Tomás tampoco le gusta que los envidiosos hijos de la víbora de doña Juana le digan cabeza de ketchup, ellos que son unos piojosos pelos cabudos o cerdas como dice el papá.

Se puede agregar que para Tomás esa noche ideal con su prima llegó al paroxismo cuando sacó de su cartera morral de colores como ella y el arco iris, cuatro alfajores Tatín triples que pusieron juntos en el freezer y comieron a las risotadas y sin tener que cepillarse los dientes después para que le quede el gustito del Tatín y, más secretamente, de Luciana en su boca. Tomás sentía que sus almas estaban unidas y no pensaba en el mismo tipo de alma de su abuelita u otro difunto sino en algo más material como ese gustito a Tatín que lo acompañaría toda la noche, esa noche hasta ese momento tan perfecta sin el dentífrico ese que te deja la boca mentosa y con Luciana, sobre todo con Luciana.

Re tarde ya Luciana le dijo que tenía que irse a la cama. Y nada de cepillos. Solo Luciana y él y Martín. Si, Martín, el novio de su prima, un gigantón que lo sube a cococho y que quiere ser bueno con él, si hasta se mete en el ritual de los Tatín, pero a Tomás no le gusta. Con él

prefiere jugar a la pelota y pedirle plata.

Tomás se entregó al sueño feliz.

Estaba dormido cuando un ruido lo sobresaltó. Se despertó con miedo. La luz estaba prendida, Luciana no era como mamá que siempre miente que la deja; se tranquilizó y la quiso más. Otro ruido y un olor extraño, el olor raro llenaba toda su habitación. Trató de no hacerle caso y seguir durmiendo. Tuvo ganas de buscar la Voligoma y pensar en el hermoso día que había pasado, cerrar los ojos y ver la sonrisa de Luciana pero justo en ese momento otra vez el ruido. Se puso sus pantuflas de gorila y se metió en el armario. Se llenó apurado las palmas de las manos con Voligoma y lo intentó, pero no podía imaginar. El ruido lo inquietaba.

Volvió a la cama. Se tapó hasta la cabeza con las sábanas y mantuvo los ojos bien cerrados pero eso le daba más miedo y ¡pum! otra vez el ruido y ya no cabían dudas, era lo que más temía, el ruido era Luciana. Su prima amada estaba en peligro. Ese olor rancio podía significar que le estaban haciendo las peores maldades, la estarían fumando o quemando viva a su Luciana; se dijo que no, que ella es grande y que él es chiquito y qué puede saber él, que la sonrisa de Luciana es más linda que el sol cuando se duerme en las montañas y él tenía que hacer algo, debía salvarla, la amaba, no podía permitir que nada malo le pasase a ella que era lo contrario a la víbora gorda de la Juana y a cepillarse los dientes, ella era

el olor rico en el pelo y el cosquilleo en la panza cuando el upa, un vértigo como cuando en el colectivo vas a la casa del tío Miguel y pasa una lomadita y así en la panza pero sin colectivo era solo su sonrisa brillante como la luna cuando cortan la luz y jugamos con la mamá a hacer figuras con las manos y las sombras se separan de uno y son grandes cerquita de la vela y mamá sí que sabe jugar ese juego y le gusta, pero Luciana era más que eso, era los Tatín y más aún, era su color favorito, el rojo, su música favorita, el rock, era la razón de su existir, era Luciana, no podía dejarla sola. No importaba qué pasara con él.

Tomás bajó de la cama decidido. Se puso las pantuflas y avanzó despacio. Abrió la puerta. El olor era más fuerte, se dijo que moriría, aunque nunca había entendido bien lo que pasó con su abuela, eso del cielo y los santos y tenía miedo. Siguió. Luciana era la inventora de la casita del árbol y su olor era más rico que el olor a nuevo de las cosas. Siguió. Miró las escaleras. Eran eternas. Luciana era más verde que el parque y más azul que el cielo. Bajó un pie. Otro. Luego otro, sosteniéndose, las manos temblorosas, de la baranda. Luciana era más que saltar bien alto y que todos los toboganes del mundo juntos. Pero tuvo miedo y retrocedió un escalón. Se odió, se odió tanto, había retrocedido al escuchar el grito desesperado de auxilio de Luciana, se odió, se odió tanto, no podía ser más cobarde, más pan con salsa, más cabeza de ketchup, todo eso era él y más, tenían razón los piojosos esos de la

Juana, había fallado, le había fallado a su prima porque era un cobarde pan con salsa cabeza de ketchup pero eso ya no importaba, era Luciana y hasta él que era todo eso que le decían los piojosos moriría antes de dejarla que le fumen la carne o cualquier cosa mala que le quieran hacer a su prima. Bajó un escalón, dos, tres, Luciana es más suavcita que el algodón, cuatro, cinco, Luciana es más brillante que las mañanas, seis, siete, Luciana es más escalofriante que el frío y que el helado en los dientes, todos los escalones...

Se pasa la mano por los ojos que le pican y los ve: Martín, otro hombre haciendo la vertical, un negro, un elefante y un enano con bonete, más ese olor, ese olor. Luciana, la mirada perdida, su Luciana con una barra azul en la boca. Todos lo miran con ojos de huevo.

Esa noche Tomás se cagó encima.

Telenovela

A Tomás la adolescencia le llegó con todos sus conflictos al cuadrado. Primero el amor. Una tarde después de la escuela, sentado en la mesa con el mate cocido caliente, pan cortado en rodajas, manteca, cuchillo y la tele en Canal 8. Todo aparentaba ser una tarde más hasta que la vio sonriendo con sus trencitas y los dientes bien blancos de conejo, un primer plano certero que lo sacó de la indiferencia de las imágenes parlantes que saltaban de un lado a otro en el rectángulo frente a sus ojos. Cuando supo que se llamaba Barbarita, Tomás se dio cuenta que se había enamorado.

Entonces a Tomás le agarró el dolor del tipo Sábado. Dolor bien doloroso o dolorido, dolor con mayúscula, dolor pausado y de respiración entrecortada, dolor con la dental pronunciada escupiendo, dolor a la duodécima potencia, dolor doblemente doloroso, dolor en la pared, dolor grafiti con aerosol y estencil, dolor pasacalles con letras fluorescentes.

El dolor sabatezco suele ser contraído en la adolescencia aunque se dice que el propio Sábado lo sufrió toda su vida. Se cuenta que siendo ya un hombre de edad, minutos antes de dar un discurso en el Salón de la SADE,

le pidió por favor llorando a una colaboradora suya que lo matara. Cuando la mujer sorprendida hizo un movimiento brusco para sacar un pañuelo de su cartera se dice que fue tanto el miedo del viejo que se meó encima. Esa noche suspendieron el discurso de Sábato argumentando problemas de salud y en su reemplazo dejaron hablar a Andahazi sobre sexo. En fin, la patología que sufría Tomás conspira contra la realización de cualquier persona, personaje y, en general, contra la realización de cualquier cosa. Algunos expertos suelen llamarlo “el mal de la reflexión estéril”. No es equivalente a la depresión porque precisamente eso: no llega a realizarse ni como depresión. A fin de clarificar un poco más pongamos como ejemplo una situación cualquiera, por demás común en la adolescencia, como la masturbación:

En un Cortázar, por ejemplo, la paja es algo exuberante, gutural, con ese tono de Oh Rocamadour, donde el personaje que se masturba, siempre masculino, tiende a imaginarse con un falo monstruoso, enorme el pene, de casi metro y medio, con el cual penetra a cientos de vaginas sin rostro que se desdibujan en el sueño.

En Borges, por el contrario y a diferencia de lo que muchos creen, también hay mucha masturbación. Hasta se diría que hay más pajas. Son re pajeros los Borges. La diferencia con un Cortázar no pasa por una ausencia de masturbación, para nada. Son los más pajeros, pero los personajes de Borges guardan compostura. Se mas-

turban todo el día y todo el tiempo imaginándose tetas gigantes de pezones rosados. El solo pensar en acercar sus bocas hambrientas a esas tetas rebosantes de leche precipita la eyaculación, por lo que se trata de pajas cortas. Muy pajeros pero de pajas cortas. Y eso sí: después de cada masturbación un Borges se lavará las manos con jabón tres veces.

En cambio Tomás era pura impotencia. Tenía como una especie de hipo reflexivo que lo llevaba a abrazarse con la almohada mirando el poster de Barbarita en la pared de su habitación, soñaba ser Barracuda o algún otro huerfanucho de ojos azules al menos un instante, una máscara que besara esos dientes de conejo, de chocolate blanco derretido y su boca sucia, pegajosa mordiendo la almohada con la verga erecta, los dientes apretados y el hipo incesante y entonces, de repente, odiaba a Barracuda y a todos los huérfanos del Rinconcito de Luz y del mundo y se odiaba a él y a la almohada, a los conejos y a las sábanas rayadas o con conejos pero sobre todo sentía pena de sí mismo. Nunca podía llegar a la eyaculación. Era una escena repetida, Barbarita, la pared salmón, el póster, la sonrisa, el hipo, Barracuda, la almohada y el odio al final precipitándosele como un piano de cola que cae en un dibujito animado.

Pasado un tiempo comenzó a tener poluciones nocturnas lo que lo aliviaba un poco, pero no atenuaba los males del dolor a lo Sábato. Solía despertarse con el

pijama manchado y ganas de ser otro. En esas noches soñaba que se tiraba de un tobogán de goma cubierto con un líquido rosa pegajoso como los de Jugate Conmigo o que comía alfajores de tierra o bosta o algo parecido porque era nítida la imagen de sus manos manchadas de marrón. No soñaba con Barbarita esas noches húmedas lo que al mismo tiempo le molestaba y le daba cierto puritano orgullo de amor inmaculado.

Marcados por ese dolor tan intestino pasaron los primeros años en la adolescencia de Tomás. Era un chico taciturno, con dificultades para relacionarse con sus padres y su familia, mediocre en la escuela y en todo lo que hacía, solo parecía tener interés en algo a la hora de ver Chiquititas, 18:30 por Canal 8, el ritual. Tenía todo lo relacionado con el programa, posters, revistas, cds, álbum de figuritas y hasta grababa los capítulos en VHS.

Los padres de Tomás al principio se mantenían indiferentes, pero, poco a poco, fueron ganando en preocupación frente a las actitudes de su hijo. Tenían miedo de que fuera homosexual aunque ninguno se atrevía a decirle al otro su duda. Pensaron en mandarlo al psicólogo o a natación. Era un chico pensativo, pero sus calificaciones eran regulares. Quizás era un genio. El padre un día tomó la iniciativa de llevarlo a la cancha e interesarlo por el fútbol, pero no hubo caso: Tomás era pura indolencia para todo menos para ese recorte de 18:30 a 19.30, de lunes a viernes por Canal 8.

Es por esa época en que se sucederán una serie de acontecimientos que marcarán un antes y un después en la vida de Tomás.

1998, fin de la quinta temporada. Barbarita se despide, la habíamos conocido niña y terminó creciendo a la par de sus seguidores que lloraban a moco tendido abortos frente al televisor que les anunciaba a ellos, pero más que a ellos, a Tomás, una especie de derrumbe de un tótem gigantesco sobre su cabeza, otra vez el piano de dibujito animado, pero de otra forma, más atroz, el absurdo, el final, el vacío.

Play Tengo el corazón con agujeritos.

Esa tarde intentó suicidarse por primera vez, *y no me lo puedo curar*. Escondió un cuchillo de cocina entre sus útiles del colegio, en la cartuchera, y entró a su habitación. *se me está muriendo de a poquito*. Cerró con llave, sacó el cuchillo, se miró al espejo, raspó su muñeca con el serrucho. Miró el poster de Barbarita y entendió que había vuelto a fracasar. *con cada dolor se muere más*. En otra ocasión pensó tirarse sobre un auto para que lo embistiera pero el solo imaginarse las puteadas del supuesto conductor lo hizo desistir.

Planeó otra estrategia. Era un arrebato desesperado por derrotar al tiempo. Vería la grabación del último capítulo en los días sucesivos, a las 18:30, con el mate cocido caliente y todo dispuesto de tal forma de que pudiera sustraerse en una especie de eternidad suspendida.

Volvió a fracasar. El dolor era demasiado grande para soportar el engaño y esa vaga esperanza devino rápidamente en desilusión.

En la escuela le iba cada vez peor, los profesores lo reprobaban por distraído, entregaba las hojas en blanco, sus compañeros se burlaban de él y de su aspecto desgarrado y hasta sus padres estaban preocupados por la entrevista que les había pedido la pedagoga del colegio. Lo llamaron a una reunión, le preguntaron qué le pasaba, si sentía que ellos habían hecho algo mal, si podían compensar sus errores y empezar de nuevo, si le gustaban los hombres, si se daba cuenta del dolor que les causaba, si era un desagradecidito y terminaron discutiendo entre ellos.

Nadie en ese momento podía suponer que estaba por producirse nuevamente un vuelco vertiginoso en la vida de nuestro protagonista.

Clase de educación física, jogging azul con rayas blancas y remera, rodillas chuecas y la sensación de ir al matadero, no podía faltar, ya estaba libre, no se imaginaba que estaba a punto de descubrir lo que torcería el rumbo de su vida. En el revés del boleto que había pagado leyó como al descuido: *“El hombre sabio es pobre en apariencia porque su tesoro está en su corazón” Lao Tsé.* Tomás no se había percatado del detalle porque siempre viajaba con abono y se restringía a ir y venir de la escuela. Volvió a leer la cita. Sin pensarlo levantó un boleto tirado a sus pies *“El consejo del hombre recto es un ruego, porque el bien*

ajeno es también el suyo” Tommaseo, otro “Para el hombre que trabaja no hay nada tedioso” Séneca. El resto de la gente que viajaba en el colectivo comenzó a sobresaltarse frente a ese adolescente desencajado que se escurría por debajo de sus piernas en procura de todo boleto tirado. No entendían lo que Tomás había descubierto ¿Habrá subido sin pagar? ¿Habrá perdido el suyo?, pensaban absortos en su lógica coyuntural. Se equivocaban, Tomás buscaba otra cosa infinitamente más profunda *“La pereza consume más a los hombres que el orín al hierro” Samuel Smiles, “Un árbol bueno no puede producir frutos malos ni uno malo producir frutos buenos” San Mateo.* Tomás bajó del colectivo con alrededor de una docena de boletos, desechó los repetidos y camino al complejo deportivo buscó en el suelo para ver si encontraba otros tirados: halló tres de la línea 18 y dos de la 9.

En clase lo esperaba el profesor Rodríguez, gordo, silbato en la boca, comenzó los chistes recriminándole sus tardanzas y continuas ausencias. Tomás que frente a situaciones así acostumbraba a encogerse de hombros y aceptar burlas y reproches esta vez infló su pecho hueseudo y vociferando respondió *“Trata a tu inferior como deseas ser tratado por tu superior”* tomando un pausa repuso, *Séneca.* El profesor y el curso completo estaban atónitos, no entendían bien qué es lo que estaba pasando, cuál era la dimensión del cambio que se estaba produciendo pero tenían la certeza de que en sus ojos, en su postura, algo en

Tomás había cambiado. Esa tarde hizo cuatro goles en el fútbol cinco. A la salida de clases fue con sus compañeros a tomar una Coca. Orellana viéndolo sospechosamente seguro intentó tomarlo de punto, sin embargo la respuesta de Tomás no se hizo esperar, infló el pecho y con voz gruesa dijo: *“La injuria que hacemos y la que recibimos no se pesan en la misma balanza”* y, como la vez anterior con el profesor, luego de una pausa concluyó, *Esopo*. Las miradas de desconcierto sentenciaban un nuevo triunfo, Tomás lo sabía, sabía que había encontrado el camino y terminó de comprobarlo cuando se enteró de boca de uno de sus amigos de la noticia que precipitaría su triste final.

— ¿Vieron la nueva serie Verano del 98? No saben lo que están las minas que actúan ahí, la de Chiquititas, Celeste Cid, no sabés lo que está ahora.

Tomás se sintió desfallecer. Era una nueva señal, existía un orden, un cosmos, un Bien, quién podía dudarle, estaba descubriendo la ley oculta que rige el universo, *“La grandeza de un hombre se mide por la de los misterios que lo atormentan”* Mauricio Masterlang. Se creyó un elegido. Estaba feliz, se despidió de sus compañeros ansioso y volvió a su casa caminando, treinta y cinco cuerdas buscando todos los boletos tirados en el suelo, eran cientos, la gente apresurada, perdida en la supervivencia del día a día era incapaz de apreciar el misterio a pesar de tenerlo frente a sus ojos, en ello radicaba su condición de elegido *“Nadie puede revelarnos nada sino lo que*

yace dormido en el alba de nuestro conocimiento” K. Gibran. Recogió diez, veinte, cientos.

Los memorizaba al instante, a la primera leída, se sentía como un vaso llenándose. Esa noche conocería a Yoko y al amor como práctica del deseo, como mordisco, como espasmo de piel y vientre, como cuerpo, como cáliz, como realización más allá de la agonía. No hubo almohadas ni arrepentimientos, solo las tetas de Yoko como destino y fin en sí mismo, las tetas de Yoko como sentido más allá de las preguntas, fundamento teleológico, ontológico y gnoseológico, las tetas en su materialidad, blancas con pezones rosados, un lunar en su blancura y olor a teta, único, derramándose, llenándolo, esa sensación de vaso otra vez. A partir de esa noche Tomás pudo acabar.

La vida de Tomás había pegado un vuelco increíble, atrás había quedado el adolescente timorato que no podía hacer nada bien. El dolor de Sábado era cosa del pasado. Tomás ahora era un estudiante sobresaliente, líder entre sus compañeros, destacado en los deportes de equipo y atractivo para sus compañeras. Sus padres estaban orgullosos. Comenzó a salir con chicas, a ir a bailar con sus amigos, y todo ese tremendo cambio en apenas unas semanas. Hasta físicamente parecía otro, más alto, corpulento, de voz firme, gruesa, *“La vida es la niñez de nuestra inmortalidad”* decía con el pecho siempre inflado y tomándose unos segundos concluía *Goethe*. Era como si

recién ahora los demás pudieran percatarse de que Tomás era un adolescente con algo de facha.

A los pocos meses del descubrimiento ya había juntado miles de boletos, a los que memorizaba uno por uno. Todas las noches los estudiaba de a treinta. Podía no leer sus libros de la escuela pero nunca dejaba de repasar sus boletos -lo que le bastaba para aprobar todas las materias con diez-. Al principio los había separado en tres grandes grupos: moral, ciencia y arte.

Grupos que luego fue, a su vez, dividiendo en sucesivos subgrupos alcanzando tamaña complejidad que solo Tomás podía comprender. Utilizaba desde la tradicional clasificación por autor, por ejemplo Cicerón: *“Nadie que confía en sí envidia a otro”* hasta otras divisiones más personales como cortos o largos donde *“Quien domina su ira vence a su mayor enemigo”* de Epícteto sería corto, en tanto *“Historia es desde luego exactamente lo que se escribió pero ignoramos si es exactamente lo que sucedió”* de Enrique Poncela sería un boleto largo. A medida que el número de boletos aumentaba este tipo de clasificaciones basadas en las facilidades nemotécnicas fueron las que terminaron primando en la organización de Tomás, estaban por ejemplo los boletos que comienzan con el pronombre *“Todo”*: *“Todo lo que se come sin necesidad se roba al estómago de los pobres” Mahatma Gandhi.*

—Che ¿sabían que en la semana del San Patricio viene Celeste Cid al desfile de inauguración?

— ¿Cuándo? —preguntó Tomás.

— En tres semanas, organicemos para ir ¿no?

Se obsesionó con la visita. No podía ser mera casualidad, tenía que haber una razón que justificara tenerla tan cerca. Venía por él, no había otra explicación. *“La humanidad sueña por medio del poeta”* Hebbel pensó y se propuso conquistar a Yoko a través de la poesía. Escribió y escribió poemas afiebrados, llenos de rimas involuntarias y rimas que no rimaban, escribió mal, como cuando se escribe con amor sincero, amor de verdad, no de poetas, malos poemas de amor de enamorado en serio, escribió Tomás todas las noches y las mañanas, las siestas, en clase de Historia y de Contabilidad, en el colectivo con líquido corrector, en la puerta de los baños y en las paredes llenas de aerosol estampó su amor atemperado, excesivo, desbordado y desbordante como el amor de verdad, no el de los poetas, el amor del que cree realmente que los hombres sueñan a través de los poetas, de los que creen que se puede conquistar a Celeste Cid con un verso escandaloso, exuberante en su imperfección rítmica pero verdadero en la ingenuidad de su creencia.

Para el día de la llegada de su amada Tomás ya tenía escritos veintitrés sonetos, cuarenta y cinco haikus, dieciséis poemas de verso libre y siete canciones desesperadas, además de tres cartas donde le relataba su vida descubriendo detalles que solo un enamorado puede contar sin miedo al ridículo. Sin miedo al ridículo, ahí

está la clave, la verdadera poesía de amor, la mala poesía, es un arrojarse, una apuesta a todo o nada, un salto al vacío donde no existen los derechos de autor ni el Fondo Nacional de las Artes, ninguna especulación, solo un sentimiento desgarrado hecho poesía, mala, pura, irrelevante, auténtica.

Tomás preparó las cosas para que todo saliera perfecto. Escribió sus poemas en cartulinas de colores a las que roció con los perfumes que encontró en el armario de su madre. En otro arrebató poético con tijera y Voligoma improvisó nuevos poemas con palabras cortadas de las revistas Nueva que su madre también guardaba en el armario. Puso todo en su morral. Tenía miedo pero estaba seguro. Tipo 17hs se reunió con sus compañeros Orellana, Pérez, Amado y Flores. Bromearon, charlaron y discutieron sobre las campañas de San Martín y Atlético, Pink Floyd y Carola del Bianco. A las 18h pidieron la cuenta, partieron rumbo a la parada de colectivo que los llevaría al colegio donde desfilaría Celeste Cid. Parada del 102, ese va para Yerba Buena, Tomás estaba nervioso, le sudaban las manos, su vida parecía contraerse hasta resumirse en un punto, como una esfera aplastada de tal forma que los polos se acercaban cada vez más hasta juntarse y entonces la esfera se hacía mierda, y ya no era esfera, solo quedaba ese punto de contacto, ese segundo trascendental.

—¿A dónde? —preguntó el chofer.

—A Yerba Buena —respondió Tomás.

Entonces pasó lo que tenía que pasar. Tomás miró el revés del boleto, no pudo mantener firme la vista, no quería ver lo que estaba viendo: en el revés del boleto no había nada, ninguna frase, ningún proverbio, ningún saber, solo las siglas de la Dirección General de Transportes y de la empresa que tenía la licitación de la línea, nada más mundano, más asqueroso que esas siglas DGT; le sudaban las manos, la mente se le nublababa.

—¿Qué te pasa che? —intentaban hablarle sus compañeros al notarlo extraviado.

No contestó, perdido como estaba en su mundo sin palabras, sin frases detrás del boleto. No había nada. Amado lo empujó intentando hacerlo reaccionar. Tomás lo ignoró y en un movimiento rápido se hizo de un martillo dispuesto en caso de incendios. Nadie en el colectivo había prestado atención hasta ese momento al martillito rojo, aunque se dice que los roban, lo cierto es que Tomás se había hecho del martillito ante la perplejidad de sus amigos y del resto de los pasajeros.

—¿Qué hacés? ¿Qué te pasa? —le dijeron algunos.

Una vieja gritó. Tomás, sin prestarle atención a nada, dirigió un golpe certero a la ventanilla más cercana y recitando "*Son pocos los hombres que conocen cuando dejan de ser necesarios*" dejó que el viento se chupara las cartulinas de colores en las que había trabajado, una a una salían volando poemitas bobos, canciones ridículas, recortes perfumados, pedazos de fe. El griterío era ince-

sante. Con una trompada zafó su brazo de Amado u otro pasajero metido y golpeó nuevamente la ventana con el martillo antes de que el chofer atinara a frenar el colectivo que en ese momento era un hervidero de gritos o que Orellana se le tirara encima envidioso o que la vieja del fondo rezase un nuevo Padre Nuestro sangrando por las astillas de los vidrios rotos. Antes del fin, Tomás le pegó otro martillazo a la ventanilla y tirándose del coche en movimiento creyó leer en el aire esas palabras rimbombantes que había escrito y que ahora se perdían volando cada vez más pequeñas en cartulinas rojas, verdes y amarillas sobre los techos de los autos apurados por la hora.

Grafiti

DECA ~~K-PO~~ → PUTO AGUANTE EL SANTO!!

5to 1era manda

Chupo pijas: deja cita.

Jessi Y Juan

VOTÁ LISTA ROJA

Florencia te amo!

Tomás está parado en uno de los pequeños rectángulos dentro del baño de varones de la Escuela Normal. El miembro aún en las manos, la cadena sin tirar, un par de hojas de carpeta con mierda al lado del inodoro sin tapa, los azulejos opacos. Absorto en la lectura de los múltiples grafitis, escritos la mayoría con líquido corrector en la puerta, en las tres paredes, en todos los rincones del cubículo. Tomás está interesado por esa escritura urgente y anónima, *sincera aunque sea todo mentira*. Pasados unos minutos sacude el miembro y tira la cadena. No funciona. Sale del rectángulo inmundo algo angustiado.

Ese día, el primero en su nueva escuela, había co-

menzado con su madre gritando porque un cuervo le cagó las sábanas que dejó secando en el patio. Tomás quiso gritarle que se callara, pero al verla con una escoba en la mano y una mascarilla verdosa en la cara, prefirió no tomar el café y salir rápido. Pensó en boxeadores amateurs, en los rock stars a los sesenta y cuatro años y en un payaso viejo frente a un espejo.

Tres paradas antes de la suya el colectivo se detuvo de golpe. Los pasajeros bajaron como locos. Tomás también bajó y vio una motito hecha pedazos al lado del cordón de la vereda. El motociclista, a primera vista, parecía haber salido ileso. Estaba rodeado por una veintena de curiosos. Cuando Tomás se acercó vio que al tipo le faltaba una mano. La sangre le brotaba de a chorritos como si estuviera apretando varios jugos de colorante rojo al mismo tiempo. Nadie -ni siquiera el tipo- parecía preocupado por dónde había ido a parar la mano, sino que más bien lo que el accidentado intentaba, era algo así como rascarse la cabeza y la gente, ver cómo se manchaba la cara con su propia sangre.

La primera vez que lo hizo fue algo más espontáneo que planeado. Recreo. Tomás caminaba solo por el pasillo lateral que da a los baños de la escuela, desde su perspectiva primero el baño de mujeres, luego el de varones. Parado en esa posición se queda unos segundos, piensa en los grafitis, en cómo serán los grafitis que escribirán sus compañeras, qué escribirán sentadas con

la bombacha en los tobillos, desnudas de inseguridades, bajo la impunidad del anonimato. Decidió que lo averiguaría ese mismo día a la salida de clases.

Seba, hermoso TE AMO

Sole y jime Flopy
Amigas 4ever ↓

Las divinas de 4^a 3^a **trola**

vamos Por el boleto
pul

Se había escurrido frente a las miradas perdidas de sus compañeros. Una vez adentro, se metió rápidamente en uno de los cubículos y cerró la puerta. Los azulejos, el inodoro sin tapa, la puerta de madera gastada, todo era similar pero muy distinto. El olor era distinto. El peligro de haber ingresado en el centro de lo diferente lo excitaba, pero en un instante esa sensación de triunfo mutó a un miedo asfixiante, la entrada del personal de limpieza en cualquier momento o de alguna estudiante que se había quedado conversando con una amiga o las chicas de un curso que termina más tarde. Todo era posible e inminente. Pensó en su madre viendo cuervos en Tucumán con cara de momia, en el tipo disimulando la falta de la mano y de nuevo en su madre

prohibiéndole tomar esos juguitos con colorante congelados aunque hiciera cuarenta grados. En ese momento comenzó a leer los grafitis, todos escritos con letra mucho más prolija que los del baño de varones, letra redondeada y clara, letra de cartuchera a cuadritos perfumada, letra dibujada con esmalte de uñas. Vio a todas esas adolescentes escribiendo dichosas con las rodillas blancas pegadas, haciendo muñequitos de papel higiénico que luego tirarán en el cesto de basura como quien dice que hay que volver a clases, volver a ser Rosalía González, la alumna de 3^a 2^a que no sabe bien por qué tiene que tirar sus muñequitos de papel y sí aprenderse de memoria el preámbulo de la Constitución Nacional, pero lo hace.

Se sacó la mochila y buscó la cartuchera. Tomó el liquid paper y escribió:

Tomás TE AMO Flavia 2^a 1^a → *SI TOMÁS EL NUEVO DE 4^o 2^o
ESTAS HERMOSO!!*

Se preocupó de que la caligrafía fuera distinta. La letra debía ser redondeada y prolija, pero, al mismo tiempo, parecer de personas diferentes. En un momento tuvo el arrebató de escribir muchos más grafitis, pero se reprimió en pos de la verosimilitud. El primer paso de la operación estaba hecho. Salió del baño a escondidas.

Esa noche fue el funeral de su abuela. La pobre

vieja llevaba un tiempo largo internada y el alzhéimer la había condenado a una vida sostenida por instantes inconexos. Apenas llegó de la escuela su madre le dio la noticia y le pidió por favor que fuera al velorio. Tomás no se hablaba con su padre y menos con la familia de su parte, pero accedió porque era lo menos problemático. El funeral de su abuela fue su primer funeral, le resultaba raro ver a tantos familiares y tanta gente llorando. Tomás se fijó, sin embargo, en el comportamiento de su padre que, al lado de su abuela, no daba muestras de esa expresividad barroca de las lloronas, sino que como un centinela se mantenía firme y cada dos o tres minutos arreglaba no sé qué de la ropa de la muerta. Ese arreglar repetido era su forma de expresar algo, pensó. Tomás se dijo que su padre no era un mal tipo.

Al otro día, le dijo a su madre que quería ir igual a la escuela. El plan tenía que seguir su curso. Ni bien llegó sentía que todo era distinto. La indiferencia habitual a la que era objeto era reemplazada por una atención repentina de parte de las mujeres de la clase. — *Ese es el nuevo, Tomás, tiene sus admiradoras, mirá vos, si es bastante fachero, aunque calladito. Calladito, esos son los peores.* Escuchaba en conversaciones imaginarias.

Terminada la última hora se escurrió en el baño de mujeres. No había nuevos grafitis. Tenía preparado el líquido corrector en el bolsillo pero creyó mejor no utilizarlo. Sintió ruidos. Tuvo miedo. Volvió a ver a su padre

acomodando la ropa de su abuela muerta. Justo cuando todo parecía haber fracasado, vio escrito con lapicera bic trazo fino, casi imperceptible, una flecha que iba desde su grafiti de ayer a una nueva inscripción.

→ **Te amo bombón**

No distinguió el nombre que lo firmaba. Las letras eran borrosas pero afiebradas. Tomás estaba exultante. Feliz. Vio con sus propios ojos a la admiradora esforzándose por hacer notar la tinta de la bic en la rugosidad de la pintura gastada de la puerta, la vio repasando la escritura con mano tensa y la bombacha de Hello Kitty y un ardor desconocido en los esfínteres al soltar el chorro de orín. Decidido, buscó el líquido corrector y sacó otra flecha.

→ *SI!! ESTÁS DIVINOOOO! TE PARTO!*

Al salir del baño casi se topa con un ordenanza que metía de los pelos la cabeza de una mujer en un balde rojo, pero siguió caminando como si nada, satisfecho por su triunfo, sin ganas de hacerse preguntas.

Otro día, su popularidad en pleno crecimiento: miradas cómplices, sonrisas, guiñadas de ojos. Todas eran para él, se decía en la formación del izamiento de la bandera. No terminó de sentarse en su pupitre cuando

logró comprobar sus conjeturas.

I LOVE U TOMÁS

ANA

Estaba escrito en su banco. Méndez le hizo un comentario burlón que Zapatero aplaudió. Tomás los desoía perdido en la embriaguez de la realización de su obra y en las cavilaciones sobre la identidad de la tal Ana, quién será, ¿será la misma de la bic de ayer?, seguro que no es una del curso porque Anas que yo sepa no hay. Se acercó a Méndez y a Zapatero esa mañana a fin de sacarles información sobre Ana, están hace más tiempo en el colegio y se la pasan hablando de mujeres.

– Anas hay muchas.

– Está interesado el tonto. ¿Qué estás necesitando, compadre?

– No, es solo por curiosidad.

– Mirá, la Schwartz es Ana y está buenísima, pero no creo que sea, es muy correctita para esas cosas. La Veliz también es Ana, pero anda con Roque, ¡ojo!

– Si... son muchas las Anas. Para mí es una pendeja.

Tomás pensaba que si llegara a haber dos Anas por curso tomando el caso testigo del suyo donde la Schwartz y la Veliz resultaron ser Anas habría aproxima-

damente ocho Anas entre todos los 4tos años, seis Anas en 5to, diez en 3ero, doce en 2do y catorce en 1ero, lo que da un total de cincuenta posibles Anas solo teniendo presente el turno mañana. Por lo que serían cien si se abarcara el turno tarde. Las posibilidades de Anas resultaban entonces infinitas: podía haber Anas que no se hacían llamar Ana, otras en las que Ana sea el segundo nombre e incluso estaba la posibilidad de que Ana no fuera ninguna Ana y firmara con pseudónimo.

Estas reflexiones lo dejaron exhausto. La amplitud térmica del norte de África, la fecha de la primera fundación de San Miguel en Ibatín y las guerras del Peloponeso serán huecos en la educación formal de un Tomás que no hacía más que esperar que el timbre lo habilitara a reencontrarse con esa mensajería pública e insensata. *Peligrosa, como no es el amor de los padres ni de los profesores de la escuela a la que te mandan los padres.*

—————> **TOMÁS ES MIO Y NO JODAN**
I LOVE U TOMMY
ANA

Se quedó helado. Había vuelto a escribir, se trataba de la misma chica de la bic. Su admiradora, su enamorada: su ANA. Decidió no escribir nada. El tono amenazante era claro y lo perturbaba. Al salir del baño

se sentía nervioso. Observado. Otra vez vio al ordenanza que pareció sonreírle. Ambos eran cómplices, él y la mujer sin cabeza con la que limpiaba los pisos, Tomás y su Ana. Casi tuvo el arrebató de acercarse y contarle su aflicción pero se arrepintió. Cómo explicarle, al ordenanza o a cualquiera, que sentía a Ana en todos lados, que en ese preciso instante se sentía observado. Escuchó pasos detrás suyo, giró rápidamente y creyó divisar la silueta de un delantal perdiéndose en un pasillo perpendicular —Che, quién sos— gritó y escuchó como los pasos se transformaban en pisadas de alguien corriendo. Fue a ver. Solo encontró al ordenanza que lo miró con ojos cansados.

— ¿Qué haces acá changuito?

— Nada. Chau.

Ese mismo día a la tarde tuvo que volver a la escuela a clase de gimnasia. Estaba nervioso por los incidentes del mediodía, pero prefería ir antes que quedarse solo en una casa todavía de luto. Llegó al campo de deportes y volvió a sentirse observado. Atrás había quedado el regocijo de ser el centro de atención de una supuesta masa anónima de admiradoras. Ahora sentía el escozor de una mirada fija, obsesiva, la mirada de Ana.

Una veintena de adolescentes vestidas iguales, remera blanca, pantalón azul con rayas, Adidas, nada que temer, todo está transcurriendo normalmente, pero la

sensación de inseguridad no cesa, su boca está seca, la saliva espesa hace sonar su garganta, la canchita de handball parece interminable cuando escucha que le gritan, sí, es a él, cuidado, la pelota, pásamela por favor. Tomás apenas logra reaccionar a tiempo justo antes de que la pelota lo golpee, la toma y se dispone a devolverla a esa voz perdida de mujer que la reclama, voltea su mirada hacia ella, entonces la ve: una chica pequeñita de ojos redondos como huevos.

— Acá tenés.

— Gracias Tomás.

Tomás le dio la pelota y fue corriendo a la cancha donde sus compañeros ya formaban fila para la asistencia. *Es ella, seguro es ella.* Estuvo todo el partido de fútbol distraído en lo que podía hacer o dejar de hacer esa posible Ana, tan pequeñita que a cada rato se le perdía escondida detrás de los cuerpos más desarrollados de sus compañeras. En un momento dado desapareció definitivamente de su vista y se consoló pensando que al menos ahora era posible que fuera real. *Existe, a su manera existe.*

Un pasillo largo y aséptico, la escuela -piensa-, está solo, no parece haber nadie más, de repente comienzan a salir de las distintas aulas adolescentes de uniforme, pollera a cuadros entablillada, camisa de marinero, todas mujeres de pelo lacio oscuro, todas asiáticas, japo-

nesas, parecen no percatarse de su presencia. Tomás entiende que está soñando, que es una pesadilla, que está en una especie de escena de *La llamada*, quiere despertar, nota que las japonesas empiezan a mirarlo, una de ellas ¿Ana?, ¿la petiza de la clase de gimnasia?, se le acerca, lo mira, él no distingue su rostro, — *Tomás te amo* — dice y en ese momento se da cuenta que está de vuelta en su habitación, se levanta de la cama algo alterado, va al baño. No alcanza a tomar el cepillo de dientes cuando comienza a notar que algo extraño sucede, mira al espejo y ve que detrás de su imagen borrosa está Ana o una japonesa de *La llamada* o la petiza con la pasta dental en la mano. Está a punto de morir de pánico. La mujercita se acerca al espejo y pasando a través de su cuerpo escribe con su dedo usando la pasta dental: Tomás te amo.

En ese momento despertó. Se cercioró con un pellizco, el dolor lo tranquilizó pero no le quitó el miedo. Ahora debía volver a la escuela.

Durante el izamiento de la bandera no dejó de mirar a todos lados a ver si daba con Ana, la petiza o la japonesa de *La llamada*. Una mano firme lo tomó del hombro — *Compórtese en la fila* — dijo Gálvez, un preceptor con bigote de Hitler que dicen fue buchón y era del opus.

Rápidamente la masa de estudiantes desapareció en las aulas. Ya en el curso Tomás fue a su pupitre y, como lo esperaba, leyó:

Ya estamos más cerca TE AMO

Ana.

Es ella, seguro que es ella, la petisa es Ana, debe ser una loca.

Pasó los tres recreos de ese día buscando a la petisa de ojos grandes. No hubo caso. Era como si no fuera alumna de la escuela, como si no existiera pero, al mismo tiempo, de alguna forma estuviera todo el tiempo allí. Terminadas las clases dudó si ir al baño de mujeres. No sabía lo que podía encontrar. Pensó en por qué su madre no lo dejaba ver películas porno o de terror. Entró al baño. Efectivamente Ana había dejado un nuevo grafiti.

YA SÉ TU SECRETO

Solo yo te amo

Tomás salió corriendo del baño sin saber a dónde iba. No le importó el ruido que estaba haciendo ni el ordenanza ni nada, solo siguió corriendo como si al menos esa acción justificara en parte esa sensación de estar escapando de una sombra. Sin embargo, cuando paró después de correr varias cuerdas, la sombra seguía ahí.

Tomás volvió a escribir poesía para exorcizarse de Ana. Fueron horas inexplicables como aquella corrida al salir del baño, inútiles como las mascarillas de su madre

o la pretendida prolijidad de su padre para la mortaja de su abuela. *Uno sobrevive a base de aferrarse a lo inútil.*

Despertó tarde, la fiebre de la escritura lo había llevado a dormirse a la madrugada. Tomó un remis para llegar antes de que termine el izamiento. El remisero era un viejo con la misma mirada de ciego que el ordenanza. Tomás estaba preocupado porque le había pedido que fuera lo más rápido posible, que iba tarde. Al llegar a la escuela se le cayeron las monedas de la billetera cuando iba a pagar.

— Vas a tener suerte — le dijo el viejo con ojos grises.

A pesar de haber sido lo más sigiloso posible fue descubierto por el preceptor cuando se colaba en la fila. — Tarde — gruñó.

En el curso su corazón comenzó a agitarse, *qué habrá escrito, porque seguro habrá escrito algo.*

**AL FINAL DE CLASES HOY TE TENGO UNA SORPRESA
YA SABÉS DÓNDE. TE AMA**

ANA

Estaba escrito con lapicera como el anterior. Tomás entendió que Ana lo hacía así para que él pudiera borrarlo. Creyó ver en esto una especie de intimidad. Las clases transcurrieron más lentamente que de costumbre. Pesados segundos lo separaban de la promesa de Ana. Creía que vivir significaba poder salirse de la indiferen-

cia de ese tiempo en una apuesta al todo o nada.

Sonó el timbre. Había llegado la hora. Fue al baño de hombres, vio cómo le caían unas gotitas de pis del miembro, suspiró y salió. Ya no quedaban compañeros a la vista, tampoco había ordenanzas, era el momento, sin embargo, no entraba. Se dijo que era una locura, que Ana y él eran una gran locura. Llegó hasta el portón de salida y empezó a correr. Así, corriendo entró al baño de mujeres, de un empujón abrió la puerta. Se detuvo, estaba agitado, frente a él tenía a la peticita de ojos grandes que siempre supo era Ana. Tenía el pelo lacio y negro azabache como japonesa de película de terror. La vio pequeña, casi ínfima, pero linda.

— *Hola* — dijo ella. — *Hola* — respondió él. Por unos segundos se mantuvieron inertes uno frente al otro. Ana tomando la iniciativa lo agarró de la mano y lo introdujo dentro del cubículo del baño. Con la puerta cerrada, el espacio era mínimo. El contacto entre los cuerpos, inevitable. Ana comenzó a acariciarlo. Metió la mano de Tomás por debajo de su camisa a la altura de sus tetas de niña. Él temblaba y sudaba como afiebrado al sentir esa rugosidad desconocida. — *Shhhhhh, tranquilo* — dijo ella y lo besó. Los movimientos fueron torpes pero sinceros. Los botones y la ansiedad se tropezaban a cada rato. Las manos bajo el delantal blanco descubriendo un cierre, las rodillas que se entrecrocaban, el pelo sobre la cara, el corazón que parece estallar y la sensación de no saber qué

hacer y de saber al mismo tiempo. Tomás y su miembro erecto que choca contra una bolsa de juguito congelado que va derritiéndose de a poco hasta convertirse en una masa gelatinosa por la que mete su pene y a medida que entra saltan los chorritos de colorante rojo por todas partes y terminan los dos, Tomás y Ana, riéndose abrazados con las manos manchadas de sangre pegajosa.

Casa Tomada

Cuando Ana volvió a la casa no encontró a Tomás por ningún lado. Ya en el jardín tuvo un mal presentimiento. Saludó a Áyax que miraba la nada como siempre desde la ventana que da al balcón de la planta alta y escuchó antes de abrir sus olfateadas ansiosas detrás de la puerta. En el interior todo parecía demasiado en orden: el tele encendido en TyC Sports, el caño de la cocina sin cerrar y un libro en el escritorio de Tomás que llevaba de separador el envoltorio de un chocolate. Todo demasiado normal pero sin Tomás a la vista. Ana marcó entonces el número de su celular y cuando al primer tono escuchó la respuesta de la operadora comenzó a entrar en pánico.

Les gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua guardaba cierta imagen a recuerdo de infancia, “una especie de olor a vientre ancestral” dijo Tomás el día en que se mudaron.

La casa había pertenecido a los abuelos de Ana, una de las pocas parejas japonesas radicadas en Tucumán, quienes, gracias al trabajo de médico de él y al apoyo incondicional de ella, no habían tardado en hacerse de una modesta fortuna que les permitió construirla. El caserón tenía un estilo colonial como muchas otras que hay

en la provincia, pero la distinguía cierto toque oriental o hasta gótico que le imprimieron sus dueños.

—Acá pasé toda mi infancia amor, todavía me acuerdo cómo bajaba y subía las escaleras corriendo con Pity, el bóxer de mi abuelo.

Ana vivió hasta los diez años ahí. Eso y el hecho de ser la primera nieta la convirtieron en la preferida del viejo Aota. El abuelo era, sin dudas, quien le había inculcado su pasión por la literatura gótica y una incipiente necrofilia. Solían visitar el cementerio que quedaba a unas cuadras de la casa y charlar horas, escuchando, ella atenta, las historias que le contaba el viejo.

Pasado un tiempo Ana y sus padres abandonaron la casa para irse al primer departamento propio. Entonces ocurrió lo de la abuela: infarto durante el sueño. Ana recuerda cómo se opusieron sus padres al deseo de Aota de enterrarla en el fondo de la casa. Fue una pelea intensa y ella fue la única, con sus once años, que lo apoyó.

Con el viejo solo, Ana encontró la excusa perfecta para volverse a vivir en lo de sus abuelos. Pasaba la mayoría del tiempo ahí aunque formalmente viviera con sus padres. Por eso cuando Aota murió a nadie sorprendió que en su testamento dejara taxativamente claro que la casa quedaba para Ana y que ella debía encargarse de sus funerales. El entierro se hizo según sus deseos en el fondo de la casa, en el nicho familiar que a la mayoría disgustaba.

Por esa época es que se produce el cambio de es-

cuela de Tomás, el juego de persecución y finalmente su frenético encuentro en el baño de mujeres. Empezaron entonces un amor sin expectativas pero sincero, donde Tomás pudo confiar por primera vez en alguien su deseo de ser escritor y Ana el suyo: *“yo quisiera morirme de amor y ser enterrada en esta casa”* le había dicho una de las tantas tardes cuando luego de salir apurados de la escuela llegaban a su casa para practicar durante horas todas las formas de hacer el amor imaginables. Aprendieron juntos. Para sorpresa de Tomás esa mañana en el baño el acto iniciático estuvo marcado por la sangre espesa de Ana que a chorros le manchó el pantalón y hasta la corbata. Esa tarde en la casa no podían parar de reír mientras hacían el amor y esperaban que el lavarropas dejara sus uniformes sin pruebas. Con el apoyo de Ana, Tomás se fue convenciendo de que se podía ser escritor aunque viviera en Tucumán y no hubiera mercado ni editoriales y él no se traicionara escribiendo sobre algarrobos.

—Tenés que escribir sobre ataúdes, Bolaño dijo que Parra dijo, no importa quién dijo en realidad, lo digo yo: hay que escribir sobre ataúdes, amor.

Tomás estaba seguro de que se podía. Editó con unos compañeros una revista, Panta Rhei, que más que una revista eran unas fotocopias abrochadas donde todo el mundo publicaba lo que quisiera, fundó un café literario e intentó participar de todo encuentro de lectura, taller literario o presentación de libros que hubiese en la provincia.

En esos días, con solo diecisiete años, fue a inscribirse a la SADE Tucumán donde se encontró con un montón de caras que más que lo duplicaban en años y le quisieron vender varios cursos.

Tomás era feliz en ese mundo pequeño, de reputación pequeña, y sabía que nada hubiera sido posible si no fuera por Ana. De dónde se sostenía esa felicidad si no era de esas tardes en la casa inmensa haciendo el amor en las escaleras o frente al espejo gigante tipo biombo del pasillo o cuando escribían epitafios sobre lápidas de desconocidos y salían corriendo con la certeza de que eso era la literatura, escribir sobre ataúdes alguien había dicho y tenía razón y todo eso solo era posible por Ana, gracias a Ana.

Por eso cuando ella le sugirió que ya que estaba terminando el secundario podrían mudarse a vivir juntos, Tomás aceptó sin dudar.

Las familias de ambos se opusieron en un primer momento. Es una locura, son muy chicos, Ana no terminaste ni la secundaria, tienen que estudiar, de qué van a vivir, plantearon pero al final terminaron cediendo; para ellos era un alivio.

Oficialmente la mudanza fue el último fin de semana de marzo. En esos dos días Tomás llevó la mayoría de sus cosas a la casa, sin embargo siempre le quedó la sensación que se había olvidado de algo, un día se aparecía con una caja llena de muñecos de Mazinger Z y Ram-

bo descuartizados, otro con los pocos posters y cds de Chiquititas que había logrado salvar luego del incidente de los boletos, o hasta una bandera de San Martín que ni él se acordaba que tenía. Ana, en tanto, descubrió en ella una creciente afición por la fotografía y por andar fijando cosas en las paredes. “*Sonrisa*”, “*saca lengua*” le decía a un Tomás siempre con las manos ocupadas.

Uno de esos días mientras Tomás no sabía dónde meter los dos tarros de leche Nido llenos de bolillas que había traído, Ana llegó a la casa con una sorpresa: Áyax, un bóxer atigrado cachorro que a partir de ahora los acompañaría.

Así iniciaron su vivir juntos: Ana era la dueña de la casa y la que mantenía la aventura con el dinero de unos alquileres que también había heredado de su abuelo; Tomás sin el estorbo de sus padres y otro tipo de preocupaciones tenía el camino allanado para cumplir su destino de escritor.

Ahora tenía, solo para él, una habitación llena de libros que había sido de Aota, donde podría escribir sin molestias. Por fin podría tomar whisky o vino y leer recostado en el sofá o fumar habano o marihuana y escribir poemas inolvidables para esas clásicas antologías de la poesía joven que aparecen cada año. Todo era como siempre se lo había imaginado salvo en que no podía escribir. Tomaba, fumaba, usaba boina, se compró una pipa y un piloto negro que le llegaba por debajo de las rodillas

pero no había caso: no podía escribir. “*En París o Barcelona sería diferente*” se consolaba.

Ana que estaba al tanto de las preocupaciones de Tomás trataba de ayudarlo en lo que podía. Conocía toda la movida literaria de la provincia y casi lo empujaba para que siguiera participando de encuentros y lecturas. Programó visitas al cementerio menos espaciadas aún a riesgo de ser atrapados para ayudarlo con su bloqueo. No había caso.

No se dio por vencida. Empecinada como estaba en recuperar la pasión de su novio por la literatura, un día en el supermercado se le ocurrió lo de robar libros. Estaban haciendo la compra mensual cuando notó que Tomás tenía dos libros en la mano que no quería comprar por el gasto que significaba.

— Los llevamos igual, sin pagar.

— ¿Pero cómo?

— Fácil. Mi abuelo siempre me llevaba al supermercado y me mostraba, el muy pillo, que podía llevarse sin pagar un cabrito o un lechón, la clave era dejarlo en el carrito, total la cajera no llega a ver, vos entonces pagás y ponés las cosas que compraste sobre el lechón o el cabrito y salís como si nada del súper.

— Pero ¿y la gente de la fila, si dice algo o te ve la otra cajera?

— Bueno, ese es el riesgo, sino no tendría gracia.

Lata de tomate, twistos, patitas de pollo, calditos

de gallina, café, Tomás sentía el temblar de sus manos a medida que notaba que el carrito iba quedando vacío, puré instantáneo, coca, crema de leche, ravioles, cereales y solo faltaban los libros, Ana estaba decidida. Tomás miró al viejo que los seguía en la cola, pelado, con una hija media tonta que le pide Rocklets, seguro se desquita y nos delata, ya está, levanto los libros, pongo cara de me olvidé y listo. Pero no hizo nada. Ana pagó y efectivamente salieron con el carrito lleno de bolsas sobre los libros robados.

Tomás estaba exultante, Abelardo Castillo, Rodrigo Fresán, Bolaño, muchos escritores lo habían hecho o inventaban haberlo hecho, robar un libro era la mejor metáfora de su oficio, una imagen clara de lo que era ser escritor, además de permitirle tener libros nuevos sin pasar por la molestia de pedirle plata a Ana.

La pareja pasó así los primeros meses de convivencia, Tomás intentando escribir, Ana haciendo el resto y llenando de portarretratos la casa: fotos de los dos, los dos con Áyax, en el cementerio o a la salida del Libertad, fotos en todos lados y en todas las combinaciones posibles. Tomás para aportar al decorado llevó algunas fotos de cuando era chico.

Entonces desapareció.

Pasada la primera reacción, Ana intentó tranquilizarse. “*debe haber salido por acá cerca y se quedó sin batería*”. Trató de entretenerse jugando con Áyax mientras se ha-

cía la comida. Le dio alimento al perro y preparó minuciosamente la mesa para dos: dos vasos, dos platos, dos cucharas, dos tenedores, el pan, las servilletas y la Coca Cola. Volvió a llamarlo sin mejor suerte. Sirvió igualmente la carbonada pero nadie comió. Tenía cerrado el estómago, estuvo treinta minutos mirando el plato sin poder hacer más que dos cucharadas. Al otro plato lo mantuvo cubierto para que no se enfriase una comida que nunca llegó a tener comensal.

Volvió a entrar en pánico. Llamó a los pocos amigos o conocidos de Tomás de los que tenía el número. No había noticias. Era como si lo hubiera tragado la tierra. No quería llamar ni a sus padres, ni a los de Tomás ni a la policía, sería la más fáctica demostración de su fracaso. No podía. Entonces decidió ir a buscarlo.

Llamame a penas leas esto

Dejó una nota en la heladera y salió a la calle.

El Ateneo, la Feria del Libro, El Griego, buscó en todas las librerías, en las de usados, en los supermercados, Hiper Libertad, Veá, Carrefour, en todos los cementerios y hospitales de la zona, pero nada. No estaba en ninguna parte y el celular seguía apagado.

Debe estar con otra, seguro es eso, está con otra, con una chetita como le gustan, bien putita y hueca, la turra, seguro le leyó un poema y le tuvo que explicar qué quería decir a la

muy tonta, y él con esa cara de estúpido que pone haciéndose el interesante, tratando de hacerle entender qué es una metáfora o una sinécdoque a la idiota que lo mira con el escote y sus tetas de plástico... lo odio, no me puede hacer esto.

Pensó en Sofía, Agustina, Solana, en esa otra de la que no se acordaba el nombre y fue una vez a un café literario a leer unos poemuchos copiados de las series de Cris Morena, seguro está con ella o las otras, quería llamarlas a todas, gritarles que eran unas putas, que se lo entregaba de regalo, que no le importaba, que ella solo quería saber que era verdad, que estaba ahí y listo.

De nuevo en la casa, Ana encontró todo como lo había dejado. La nota seguía allí colgada recordándole la ausencia. Abrazó a Áyax y llevándolo al fondo frente al nicho que su abuelo había construido lloró con la sinceridad con la que solo se puede llorar por amor u odio. Un llanto seco, sin aspavientos, porque el llorar es para uno y no para llamar la atención.

No pudo dormir en toda esa noche.

La mañana siguiente Tomás aún no daba señales de vida, el celular seguía sin responder y nadie tenía noticias. Ana creyó entonces que ya era hora de reconocer su fracaso y llamar a los padres y a la policía.

— Se me perdió — dijo llorando.

— ¿Qué? ¿Quién habla? ¿Qué se perdió? Tranquilízate.

— Tomás se fue, no aparece desde ayer, no atiende el teléfono, no sé qué le puede haber pasado.

– Ahhhhh, Anita. Cálmate. Pensé que sabías. Mirá qué desconsiderado que es este Tomás. Si está aquí desde ayer.

Cuando Ana llegó a la casa de los padres de Tomás lo encontró con una media luna en la boca tomando el café con leche. Su cara era de sorpresa, como si no la conociera y todas las recriminaciones que le hacía a los gritos no fueran para él, sino para otro con el que lo confundía. Impotente y cansada se calló unos segundos hasta que notó una mancha de tinta en el bolsillo del jean de Tomás. Volvió a estallar. Llorando le dijo cosas horribles a un Tomás que parecía desoírlo. Finalmente lo empujó y se fue.

Pasaron tres días durante los cuales Ana no escatimó mensajes de textos difamatorios y acusaciones inventadas. Cuando masticando aún la bronca y el resentimiento llegó a la casa, notó que Áyax no la estaba esperando en la ventana, “no, Áyax no” pensó y fue corriendo a abrir la puerta. Sintió ruidos, hay alguien, dudó, pero terminó entrando. La sorpresa fue enorme cuando vio a Áyax estaba jugando a la pelota con Tomás en el fondo.

– *Hola amor, acá te estábamos esperando.*

Decidió no increparlo. Prefirió pensar en lo ocurrido como en un mal sueño, contenta al verlos jugar con el nicho de la familia a sus espaldas.

Cuando pasados unos dos meses Tomás volvió a desaparecer, Ana sabía dónde encontrarlo.

II Des-Iniciación

“La dialéctica coloca lo ideal, el pensamiento, entre la violencia del impulso y su satisfacción”

Georg Wilhelm Friedrich Hegel

Time For Heroes

Tomás volvió a ver a su primo Marcos, de casualidad, en la séptima edición del LETRAR. Los LETRAR eran encuentros que reunían a varias centenas de escritores, en su gran mayoría tucumanos, pero también de otras provincias e incluso de países vecinos. Siempre había además uno o dos escritores “consagrados”. Cuentistas, novelistas, ensayistas, escritores de microrrelatos o canciones de folklore y poetas, sobre todo eso, poetas, montones de poetas con sus libros bajo el brazo, libros costeados de su propio bolsillo o por subsidios de algún organismo estatal, muchos aún sin libros editados, con plaquetas o ediciones artesanales y algunos, como Tomás, solo con sus hojas sueltas y las inseguridades de la primera lectura en público. Jamás se había imaginado que existieran tantos poetas, de hecho hasta enterarse de los LETRAR no conocía ninguno y pensaba en sí mismo como miembro de una especie en extinción. Ana lo había convencido hacía ya dos años para que se inscribiera a su primer encuentro y de repente se vio rodeado de toda esa gente, desde señoras tan maternales a la hora de la lectura, la señorita Cuqui de 4to grado pensaba, necesita mejorar y excelente te feli, las dos caras de una misma mujer tan mamasa en su delantal blanco y su permanen-

para presentar, pidiéndole si podía seguir él. Entonces entraron tres jóvenes de no más de veintiún años, vestidos a lo punk. Eran dos chicos y una chica. El gordito se acercó a los punk y le indicó al más flaco que pase al frente y empiece. Tomás aún no podía reconocer en el punk flaco a su primo Marcos, que ahora tenía el aspecto de un yonki demacrado: cara pálida, ojos saltones, pelos parados y desprolijos, campera de cuerina negra, jeans gastados y una remera blanca que tenía escrito con tinta roja The Libertines y una letra de canción en inglés. A Tomás le pareció divertido encontrarse con este Pete Doherty tucumano en el LETRAR.

La performance de Mr. Blake consistió en grabar su cara con una camarita de video y proyectar la imagen en la pantalla gigante ubicada frente al aula. Mientras en la computadora ejecutaba deformaciones de la cara de lo más variadas y escribía palabras o rayones desfigurándose, con el micrófono acompañaba esas imágenes con una voz femenina que producía sonidos como de interjecciones u onomatopeyas ridículas. En un primer momento la actuación generó risas entre el público -en este caso si se lo permitía- pero todos se sobresaltaron cuando Blake empezó a desvestirse. Quedó en calzoncillos. Se acercó al otro punk quien tenía un bote de témpera roja y le escribió la palabra *asco* en su pecho peludo, luego la chica punk escribió *mierda* en uno de sus brazos, fue hasta donde estaba el gordito de Concepción quien le escribió

arte en la panza y los jujeños, *tierra, sangre y libertad* en distintas partes de su cuerpo. La chica punk ahora filmaba y reproducía las acciones en la pantalla. Llegó frente a las señoras de permanente y el hombre de sombrero que las charlaba, pero no les dio el pincel y el bote a los viejos, antes escupió adentro, se cortó con un Gillette en la yema de uno de sus dedos y dejó caer las gotas de sangre dentro del bote. Metiéndose la mano debajo del slip comenzó a masturbarse. Las señoras y el viejo se fueron escandalizados. Sin importarle la falta de espectadores, Marcos fue hasta donde estaba Tomás y le pasó el bote con témpera y demás fluidos. Tomás agarró el pincel y le escribió en la frente *payaso*. Los pocos que quedaban se rieron y dieron fin a la performance.

Mientras el gordito trataba de buscarles público a los pobres jujeños que seguían, Mr. Blake saludó a Tomás por su nombre. Le pareció increíble que ese tipo tan destruido sea Marcos. El primo se había destacado desde su niñez por ser un chico sano y deportista. Había jugado al básquet en las infantiles del Club Floresta. Marcos vivía en aquella época en la casa de la abuela de ambos que quedaba en la misma manzana del club. En la adolescencia Tomás dejó de ir a la casa de su abuela y perdió todo contacto con él. Si bien en alguna sobremesa había escuchado de boca de sus padres algún comentario sobre la vida descarriada de su primo, le molestaban ese tipo de chismes y jamás se hubiera imaginado

semejante transformación.

—Te invito una birra, primo —le dijo Marcos y Tomás accedió contento, dejando definitivamente solos a los pobres jujeños.

La cerveza la tomaron en la pensión donde vivían Marcos y los otros dos punk. La chica se llamaba Mora y era bastante linda. El chico, Brian, que era una especie de novio de Mora, era divertido de ver: un típico norteño morocho de rasgos nativos pero punk. En la pensión, además, vivían Juan y Luis, que completaban, con Brian, la banda de rock que lideraba Marcos, y Magui, que junto a Mora, hacían las veces de público. La banda se llamaba Los Libertinos y hacían covers de los Libertines y los Strokes aunque también de clásicos como los Clash, los Sex Pistols y hasta de los Kings o los Beatles. Sin embargo, no se los podría definir como una banda de covers porque en sus actuaciones era evidente que sus miembros no dominaban nociones básicas de los instrumentos o incluso que, muchas veces, cada uno de los integrantes de la banda tocaba lo que se le antojaba mientras Marcos cantaba con su voz andrógina *Up the bracket* o *Time For Heroes* en un inglés defectuoso. La experiencia de escuchar a los Libertinos era aún más impactante que la performance de Mr. Blake. En sus múltiples imperfecciones, lograban alcanzar la perfección de lo desagradable, de la autenticidad, pura expresión, punk. Lo cierto era que como parte de un espacio y tiempo circulares, los recitales libertinos

empezaban siempre con una cerveza en la pensión y, pasada la tocada en algún antro de San Miguel, terminaban con otra cerveza en la pensión.

Tomás se hizo asiduo de esas movidas. El número de participantes nunca excedía de la banda, las dos chicas, Tomás y otros doce que muchas veces se quedaban varios días en la pensión como residentes pasajeros. Llegó a ver en esa naciente hermandad a su genuina familia. Escribió letras punk sin saber nada de música, solo pensando cómo sonarían las palabras en esa voz agrídulce, de mujer, de su primo.

Son las tres y pico de la mañana. Están acostados fumando sobre unas chapas del techo de la casa de la abuela de Tomás y Marcos. La luna está rojiza y parece cortada por el filo de una navaja.

—Lo que pasa es que en Tucumán no se puede hacer nada.

—Pero somos esto primo, esta mierda.

—Aquí es imposible llegar a publicar y que alguien te lea.

—Tomás, vos querés que te publiquen como si fueras porteño o gallego y no te das cuenta que escribís cosas para que circulen en fotocopias o en una edición pedorra que te salió tres lucas que ahorraste como negro. Es así, aceptalo. Y te digo más, hay que celebrarlo: ¿Cuándo es San Miguel? El día.

– Creo que ya pasó.

– Bueno, no importa, preparemos una gran fecha, cualquier día que se pueda, yo pido Floresta.

– Algo grande posta...

– Sí, grande, y hagamos versiones de temas de Palito Ortega, La Bomba, Mercedes Sosa, Los TucúTucu... Y el show se tiene que llamar regreso a Ibatín, la fundación de Ibatín o Ibatín solo. ¿Sería copado no?

Tomás en un principio pensó que Ibatín no era más que un delirio de una conversación ocasional, pero Marcos se lo había tomado en serio. Valiéndose de su pasado en el club, consiguió que le prestaran Floresta. Un día miércoles, pero gratis. Después inició una furiosa campaña para conseguir recursos para el sonido y la difusión del show: violentando sus principios pidió subsidios en todos lados, ofreció publicidad en bares medio hippie chic, empeñó ropa y hasta vendió bizcochuelos en la esquina de la peatonal Mendoza y Muñecas frente a la Escuela Normal. Le alcanzó para un sonido bastante mejor del que usaban generalmente y para una tirada de afiches A3 blanco y negro. En el afiche los Libertinos cruzaban la avenida Sarmiento vestidos con ponchos. Marcos caminaba descalzo.

El grupo ensayó como nunca. Versionaron *La felicidad*, *La pollera amarilla*, la *Luna tucumana* y otras canciones emblemáticas de la tucumanidad. Pero Tomás estaba insatisfecho, no por cómo salían los temas, que mientras

más grotescos mejor, sino porque tenía la sensación de que faltaba algo. Entonces se le ocurrió lo del secuestro de La Acción Poética de Tucumán.

– Hay que agarrarlos y traerlos para que en el escenario escriban mientras tocamos.

– Pero para que escriban qué, ¿las giladas cursis que escriben siempre?

– Sí, que escriban en vivo y en directo, armamos una especie de pared con cartón y que escriban, va a ser nuestro The Wall.

Las tareas de inteligencia para el secuestro no fueron difíciles ya que los Acción Poética solían avisar en su Facebook la fecha y el barrio donde estarían pintando. Se resolvió hacerlo un día que andarían por Ciudadela que era el más próximo al show. A partir de ahí todo fue un desastre. Los Libertinos no tuvieron en cuenta la cantidad de personas que pintaban los murales -más de diez- y si bien eran casi todas mujeres, el único varón era cinturón negro en karate. Era habitual que tuvieran escaramuzas por las paredes en tiempos de elecciones con la gente de punteros como “el tano” Alfaro o “Cacho” Cortalezzi. Cuando Brian, inseguro, intentó agarrar al karateca por la espalda terminó en el suelo lleno de la pintura de uno de los baldes con la que escribían los versos. Marcos gritaba “esto es un secuestro” pero era evidente que los secuestradores estaban en desventaja. Tomás logró salvar la situación cuando en tono de broma les explicó que

todo era un chiste y que lo que querían era invitarlos a su show. El karateca que resultó ser bastante amanerado se puso muy contento y por poco no les da un beso a todos.

El día de Ibatín no salió ninguna nota en La Gaceta ni hubo reseñas los días que siguieron. Gente tampoco hubo. Los pocos seguidores de los Libertinos no vinieron todos y el tamaño del estadio los empequeñecía en número. Vinieron, sí, unos cuantos viejos -no más de diez- que, quizá confundidos, estaban vestidos de traje. Marcos, emocionado, les dijo a los otros -que tenían caras de desilusión- que había que “tocar igual, tocar por esos diez viejos”.

El recital fue inolvidable para Tomás. Hasta se sumó a escribir en el muro de cartón que los Acción Poética habían improvisado en el escenario. Era su *The Wall*, una pared real, cantaban y escribían y no había público.

Después de Ibatín, las cosas no fueron las mismas. Marcos se hizo adicto al gimnasio y a los anabólicos. De flaco alto medio desgarbado, pasó a recuperar algo de su físico de basquetbolista. Pero su aspecto ya no inspiraba buena salud. Parecía un globo lleno de sangre a punto de explotar. Sus venas bien azules le sobresalían por todo el brazo.

El cóctel de Marcos incluía desde cocaína hasta hormonas de toro o caballo. Una noche fue drogado a casa de Tomás. Llevaba una bolsa con un equipo depor-

tivo Adidas, viejo pero en muy buen estado, que quería vender o empeñar por algo de plata.

—Qué te pasa chango. Llévate eso que es tuyo, te presto de amigo nomás, pero para qué la querés.

Ni bien Marcos tomó la plata y se fue, Tomás discutió con su madre que le recriminaba la relación que tenían: —*Nunca quisiste hablar con nadie de la familia y ahora te juntas con este drogadicto...quién te entiende a vos, malagradecido... es que sos de la misma calaña.* Tomás le respondió a los gritos aunque pensó que lo que decía estaba bien: Marcos o Mr. Blake eran de su misma calaña, así lo sentía, él era su verdadera familia.

La banda dejó de tocar por un buen tiempo porque en uno de los recitales Marcos, extasiado, destruyó su guitarra. Se la tiró a un conocido suyo que siempre lo escupía. Esa vez, se sacó por un escupitazo y terminaron a las piñas. La plata que aún recibían de sus padres o de los trabajos informales que conseguían -atendiendo un drugstore o un cyber o de mozos- no alcanzaba para el escaso alimento, el alquiler, el alcohol, las drogas y encima para comprar una guitarra nueva.

Entonces Marcos comenzó a vender y empeñar cada vez más cosas, después de quedarse sin nada empezó a robarle a su madre o incluso a los chicos de la pensión. Pero seguía sin alcanzar la plata. Un día, sin embargo, apareció con guitarra nueva. Era una Les Paul hermosa, naranja con partes blancas. Le encantaba posar

desnudo y marcado con la guitarra frente a un espejo de cuerpo entero que había en la pensión.

— ¿De dónde la sacaste?

— Sorpresa. El tema es que ahora me voy a tener que guardar un tiempo. Pero después a tocar con todo.

La sección *Policiales* de La Gaceta del día siguiente revelaba el misterio: “Robaron al Club Floresta” decía el título en negrita. Tomás sintió una profunda tristeza. Mezcló los recuerdos de su primo a los diez años vestido con una camiseta de básquet gigante de Floresta, blanca con la V azulada, con la imagen del Marcos actual jactándose de su capacidad para entrar a todos los recitales que había en Floresta o los sábados de bailanta para levantar minas, pasando a través de los techos que iban desde la casa de la abuela de ambos hasta el estadio. Incluso llegó a cobrar “entrada” a los que preferían ahorrarse unos pesos. Tomás, que le tenía miedo a las alturas, se mantuvo reticente todo un tiempo hasta que Marcos logró convencerlo de colarse por los techos en un recital de La Renga.

Unos dos meses después del robo, Marcos reapareció y los Libertinos intentaron volver a escena, pero ya nada era como antes. Brian y Mora habían abandonado la pensión para vivir juntos y era un secreto a voces que Brian ya no quería seguir intentando el imposible de poder tocar el bajo, más preocupado ahora en ordenarse con su carrera de ingeniero. Con los demás Libertinos la

situación era similar, aunque ninguno se animara a decirle nada a Marcos.

Hubo un par de tocaditas pero la situación era insostenible, no tanto por el aburguesamiento del resto sino porque el problema que Marcos tenía con las drogas, se iba agravando. Estaba infladísimo, se olvidaba las cosas y podía colgarse dos minutos en medio de una conversación y “volver” de repente sin saber de qué estaban hablando. *Ya se tildó* se mofaban los otros cuando entraba en esos segundos de trance. Los robos menores y las empuñadas de todo lo que hallase no lograban suministrarle la plata que necesitaba. Se quedó sin nada. Medallitas, trofeos, camisetas, todo lo perdió por monedas. Entonces empezó a vender droga.

Casi inmediatamente Brian anunció que dejaba la banda. Juan, Luis y Magui se fueron de la pensión que se llenó, en su reemplazo, con un grupo de drogones que a Tomás le desagradaban. Era el fin de una época corta pero intensa. Se veía ridículo y viejo al sentir nostalgia con apenas veinte años.

Así estaban las cosas cuando pasó lo de esa noche. Lo llamaron del Hospital Padilla. Marcos había chocado. Tomás avisó a su tía y a los chicos. Si bien Marcos no tenía heridas graves, un golpe fuerte en la cabeza y la fractura de un brazo, el acompañante que era uno de los drogadictos de la pensión había muerto al instante del choque. Además había algunos policías porque el auto

que conducían era robado y llevaban en el baúl una bolsa de consorcio con casi un kilo de cocaína. La madre de Marcos estaba histérica. No podía dejar de temblar. Tomás se recriminaba haberle avisado. En ese momento llegó al hospital un auto negro con la identificación de la remisería Cinco Estrellas. Bajaron tres tipos corpulentos. Con total impunidad dijeron que venían a llevarse a Marcos. Ni las quejas del médico y la enfermera a cargo, ni los gritos de la madre desesperada, impidieron que los tipos lo sacaran, semidesnudo como estaba, de la cama del hospital. Tomás intentó quitarles a su primo pero lo empujaron y cayó en el pasillo como si fuera un muñeco. La policía había desaparecido. Marcos solo atinaba a decir "*tranquilos, los conozco, no pasa nada*" con esa voz chillona que le salía cuando cantaba.

Esa fue la última vez que Tomás vio a su primo. En el diario del día siguiente no publicaron nada sobre el choque y, menos aún, las denuncias de la madre de Marcos. En la parte de *Espectáculos*, sin embargo, una nota comentaba que Pete Doherty, novio de la top model Kate Moss, volvía a generar controversias al exponer una muestra de pinturas donde usaba su propia sangre.

Cartas

— ¿Te gusta Levrero?

Tenía pensadas decenas de coartadas, desde negar el robo y asegurar que a los libros ya los tenía en el bolso hasta pegar un empujón y salir corriendo. Pero nada de gritos o llamados a seguridad. La naturaleza de la pregunta lo desconcertó como si el imprevisto invalidara el resto de relatos posibles.

— Sí, disculpa es que no tengo plata — dijo Tomás.

— Pero hay bibliotecas.

— Es como una enfermedad, mi fetiche, soy escritor. Agarralo.

— No, quedátelo. Este va de regalo, pero para la próxima te lo fío si querés porque si no me fundo, más con la crisis que hay.

Damián era un librero de verdad. Gran lector y conocedor de literatura. Su local quedaba en los márgenes del microcentro, era chico pero estaba repleto de libros de pequeñas editoriales, de autores inconseguibles y clientes amigos. A menudo se formaban grupos de tres o cuatro personas que se reunían alrededor del viejo -como le decían- para escucharlo contar sus historias.

— A mí me salvó la lectura, de volverme loco me salvó. Imagínate, a algunos presos políticos nos aislaban

en una piecita de un metro y medio por un metro y medio, sin contacto con nada ni nadie para quebrarte. Entonces yo me avivé y les pedí algo para leer pero no me lo daban. Un día les pedí que me dieran una biblia, y esa me la dieron. “Se está quebrando el ateo” habrán pensado, pero eso me salvó, poder hacer algo. Leer para no volverse loco, me aprendí la biblia casi de memoria. Debo ser uno de los que más fragmentos completos sabe, más que los curas te aseguro. Te puedo decir partes enteras sin errar una coma, sobre todo del antiguo testamento.

Damián había comenzado a militar en tiempos del Cordobazo siendo un adolescente de Provincia de Buenos Aires. Se unió a Política Obrera, era trotskista. Se proletarizó. Estuvo preso en Trelew después del Vitorazo. Vivió clandestino desde el 76 y pasado el 83 se vino a Tucumán donde puso una librería. Tenía una hija, Alexandra, y muchas historias sonándole en la cabeza todo el tiempo.

—“La máquina de pensar en Gladys” es eso, ¿o no? A vos que te gusta Levrero.

Tomás fue entrando a ese mundo con reticencia. Se sentía mal por lo del libro, por haber sido descubierto, pero, sobre todo, no podía sacarse de encima cierto imaginario familiar contra todo lo subversivo. Trotsky: judío, rojo y extranjero. Eligió no decirles su nombre real.

—Hola cumpas, les presento a un nuevo amigo. Un escritor que lee Levrero. Bueno no seas tímido, pre-

sentate ¿Cómo te llamas?

— Blas — mintió.

— Blas, como el del himno — dijo Alex.

— Hay un poeta, Blas Otero.

— Varios curas, Blas Victorio Conrero.

— Y está Giunta, el que era de Boca y San Lorenzo.

Alexandra era la mujer más hermosa que Tomás había visto. Ojos azules y piel bien blanca, parecía de otra especie. “Rusita” le decían, no sabía si era por su aspecto o porque militaba en el Partido Obrero. Sobre la madre de Alex, Tomás no tenía claro qué había pasado, si se había suicidado o los había abandonado luego de un intento de suicidio. Alex no hablaba del tema y Damián se enfocaba siempre en la parte dramática del asunto.

— Era la época de la triple A. Yo ya estaba marcado y una mañana en el trabajo me dicen que mi mujer está mal. Podía ser una trampa, pero yo sé que en serio mi mujer estaba mal porque esa mañana la había notado rara. Hago entonces que toquen la bocina de descanso -el encargado era un viejo piola que había estado en la guerra civil española- así salen todos y puedo irme sin que me fichen claramente. Corro veinte cuadras hasta mi casa desde el laburo, veinte cuadras corriendo. Pueden estar esperándome ahí también. Rodeo la casa, pregunto a un vecino. Entro al final. Y ahí estaba mi mujer en el suelo y una carta donde las letras se iban haciendo cada vez más

chiquitas y se salían del renglón.

Alex prefería no hablar de su madre. Ella siempre estaba atenta al presente, una vida en presente continuo, luchando, andando, gesticulando, enfrentando la crisis y atenta a lo que hay que hacer. Le gustaba escuchar los relatos de su padre y estudiaba historia en la facultad, pero siempre enfocada en la acción. Para Tomás, enamorado, Alex era Trotsky. Tan segura y discutidora, capaz de estar horas explicándote que el Argentinazo abrió un periodo revolucionario y que el movimiento piquetero es la vanguardia de la clase obrera.

La relación era complicada. Tomás tratando de conquistar a Alex para él y Alex tratando de conquistar a Blas para el PO. Además a Alex, decían, le gustaban las chicas.

Tomás tuvo que crear entonces una cuenta de mail y hasta comprar otro celular para Blas. Debía asegurarse que ningún conocido suyo lo viera e intentara saludarlo estando con Alex, por lo que preparaba minuciosamente los encuentros. Llegaba diez minutos antes e intentaba que se quedaran el menor tiempo posible en un lugar fijo.

—Son unos hijos de puta. Mañana está convocada una gran marcha por un montón de organizaciones en repudio de los crímenes. Estaría bueno que te llegués.

“La crisis causó dos muertes” había titulado Clarín. Alexandra estaba furiosa, lloraba de bronca dispuesta a pelearle ella sola a los Duhalde, Juan José Álvarez,

Franchiotti y compañía. Tomás deseaba más que nunca ser el Blas prócer o el jugador de Boca y no éste que le resultaba tan incapaz de estar a la altura, de quebrar el simulacro, tomar a Alex en brazos y llevarla a cualquier parte.

Pero Tomás era ese Blas que no fue a la marcha, que llegó a la esquina de la iglesia San Francisco, frente a la plaza, vio los carteles, Polo Obrero, CTD, Barrios de Pie, una nena cantando, la banderola más grande que ella, los policías, las vallas de seguridad, los bocinazos y se fue.

— ¿Qué pasó que no te aparecías?

— Estaba ahí, escribiendo. ¿Qué les pasó a ustedes recién?

— Discutiendo porque se vence el contrato del alquiler del local y Alex dice que un amigo que conozco desde hace años, desde antes que ella nazca, que es el dueño, me va a garcar. Quiere aumentar eso sí, es la crisis. Le falta un poco de poesía a mi hija, Blas. Incentivala a que lea, es de más de desconfiada. Yo me enamoré de una poeta, no sé si te conté, más que poeta era actriz, nuestro amor era lo poético, breve y bien intenso, dos semanas. La conocí estando clandestino. Sabía que estaba poniéndome en riesgo y esas cosas, pero estaba enamorado así que me fui a vivir con ella ahí nomás, dos semanas. Vivíamos en un departamento de un ambiente en Provincia de Buenos Aires, en la zona de Hurlingham. En un

momento donde mataban y secuestraban a todos, tenía que ver a mi hija y a mis viejos pidiendo turno en un médico amigo de la familia, cuando todo parecía venirte abajo peor que el piano de los dibujitos animados yo fui feliz dos semanas con una poeta en un departamento que era una lata de sardinas. Pero mirá cómo son las cosas. Un día me despierto y encuentro una carta: se iba, así sin más, se iba. No pude comer nada, fácil, tres días. Yo no entendía nada. Se había ido sin explicaciones. ¿Qué fue? Nunca lo supe. Pudo haber sido hasta una servicio.

— ¿Tenés las cartas?

— ¿Qué cartas?

— Ésta y la otra, la de la mamá de Alex.

— Eso es trampa, si te las doy es trampa.

— ...

— La de la mamá de Alex la tengo.

Tomás leyó:

Cómo explicarse esta sensación de guante dado vuelta estas ganas de ser otra cosa en Paris fumar Parisiennes y hacer malabares y trucos con las cartas y las manos la mano que baja sobre tu espalda tensa esquivando tu remera me ensancho en tus caderas frías y sigo como escuchando tu música de sirena filosa que sueña con cosas para mi inalcanzables esas manos con el olor acre del cigarro negro alguna copa de cristal señalada un mantel tinto y un par de ojos vendados y darse cuenta que esos dedos no son míos que esos dedos pueden masticar vidrio y

doblarte la cara y escupir el cielo y todo a la vez perfumado por ese Paris que no soy yo el que te siente escalofriante en el calor helado de ese muslo en el que palpito soñándome gigante capaz de soplar al unísono todo este álbum de fotos rotas que me rompen en este llorar de bobo ridículo el lagrimón cíclope sobre tus sábanas transpiradas de tanto mirar barcos y probarse disfraces excéntricos frente a un biombo de espejos para que opinen la tía Roberta Yolanda y obvio Pierre y de alguna manera el infinito de muñequitas rusas que sos cada una con su inmensidad reprimida estremecidas de no poder morder la luna y de sentir el lagrimón que rechazás con un manotazo certero que me devuelve a este el mundo donde los diarios se escriben con tinta y la muerte con sangre y las manos son de uno y el calor es una sensación térmica este mundo donde esbozo una queja aunque esté derrotado sabiendo que mi intento de sobreponerme a tu voluntad violentando tu pijama rojo gastado es más estéril que mi sueños de trapecios y seguridades de ecuación por eso aunque otra vez esté en tu muslo y en tu oreja y tu respiración vuelva a precipitárseme como un viento norte de barco de botella estar convencido de que sí tu isla puede ser realmente mi isla aunque no tenga dos soles y no me guste bailar bajo la lluvia.

— Estás realmente loco. Me llamás que venga urgente a tu casa que no conozco, que es re importante y me leés esto.

— No te gustó.

— No seas boludo, está bueno. Es raro ¿Qué es?

¿Prosa poética?

—Sí, puede ser.

—No seas tonto, sabés que está bueno. ¿Cómo se llama?

—“Des-”.

—¿Des?

—Sí, es un prefijo de desarmar, deshacer, desalojar, despegar.

Esa noche Tomás soñó que Alex lo penetraba. Que hacían el amor como nunca lo había hecho y que era muy feliz, pero su actitud en el acto sexual era totalmente pasiva. Pasados unos minutos después de haberse despertado no podía sacarse de la cabeza la imagen de su sonrisa repleta de dientes mientras Alex lo sodomizaba con un miembro de unos treinta centímetros. *Me estoy enfermando* se dijo y anotó en una libreta que tenía que escribir la historia de amor de una lesbiana y un travesti. Sacó una flecha de lo que había escrito y agregó *tono serio, nada de chistes fáciles*. Sacó otra flecha *nombre de la lesbiana: Alex*.

Un poco por celos, un poco por hacer la contra, un poco por impotencia, Tomás decidió que Blas no milite en el PO sino en un grupo que hablaba de la lucha armada, la guerrilla y decía estar a la izquierda de todo. “La izquierda porteña no tiene huevos” repetía el dirigente del grupo, un morochito que se llamaba Juan pero que

insistía en que lo llamen Roby o Tupac. Igual todos lo conocían como Juan o “el que vende películas en filo”.

A Tomás le llegaba la frase de Juan, él tenía huevos, bien puestos los tenía y pensó en que podía reconstruir la guerrilla urbana en la Argentina. Más que en la Argentina, en Tucumán, más que en Tucumán en la casa de Pablo -el gringo- un militante rubio y grandote del grupo que puso su sótano para la experiencia/prueba que tenía que pasar como condición para el ingreso al núcleo.

Debía estar junto a los otros una semana en el sótano sometido a un entrenamiento. Le dieron ropa militar para que se vista. El talle no era justo pero no le importó porque a los otros, que ya estaban vestidos, tampoco les quedaba bien. Tuvo que elegir un nombre de guerra. —“Tomás” —dijo para no sumar confusiones, aunque le sugirieron “perro” o “Katari”. Debió tirarle piedras a unas latas de cerveza que tenían carteles como “policía federal” o “ejército argentino”. También debió pasar un par de días sin comer y luego comerse un bife crudo.

Todo iba bien hasta que terminando su prueba se produjo la escisión del grupo. “*Falta media docena de empanadas en mi heladera*” gritó el gringo que era un gigante con cara de loco. Estaba claro que las sospechas no iban dirigidas a Tomás, pues había estado vigilado o encerrado todo el tiempo, sino a Juan. La discusión se hizo álgida y terminó en una pelea desigual.

Tomás dejó el sótano pensando en que hacía una

semana que no veía a Alex y que era un boludo con los huevos bien puestos.

— ¿Querés venir a dar una vuelta en auto?

— ¿Una vuelta en auto?

— Sí, una vuelta en auto, Blacito querido. ¿Viste el amigo que te conté, el dueño de esto? Como te dije la otra vez lo conozco desde hace un montón de tiempo. Comenzamos a militar juntos cuando éramos unos pibitos pero bueno, el tema es que quedó mal después de la dictadura, dejo de militar, la mujer nos odia, pero tenemos una amistad, se vino a vivir para acá un año antes que yo, compró el local y otras propiedades, él era de familia de plata, y estamos en contacto, nos vemos de vez en cuando pero, eso sí, en auto, andando en auto son nuestras juntadas, como eran algunas citas en la época de la clandestinidad. Quedó mal el pobre y la mujer, resentida, le llena la cabeza.

El auto era un Toyota Celica, vidrios polarizados. El amigo de Damián, flaco, de ojos claros bien abiertos, camisa celeste y pantalón blanco.

— ¿Quién es él?

— Blas, un amigo escritor.

— Ya te dije...

— Carlos no seas paranoico.

— No es paranoia y además tenemos que ver lo del alquiler.

24 de Septiembre, Mate de Luna, Mitre, Belgrano, Sarmiento. Pasaron como tres veces frente a la terminal vieja. Pararon un segundo a comprar una coca en un drugstore frente a la Quinta Agronómica.

— Comprá puchos Blas.

— Ya sabes que no puedes fumar acá.

— Sos peor que vieja chota ¿no?

Más vueltas. Roca, Colón, Ejército. Pararon unos minutos para fumar en la Plaza Urquiza.

— Sabes que no puedes pagarlo. Menos con la crisis.

— Te digo que sí, mis clientes son de fierro.

— No puedes Damián, no me hagas esto.

— No me hagas esto vos, que ya me hacés pensar que no me querés alquilar y todo esto es una excusa.

Esa noche Tomás soñó con Rudo, un perro de su infancia. El perro se había convertido en gato. Es decir, era el perro, pero en el sueño hacía cosas de gato. Estaba sentado en una ventana con esa mirada indiferente de los gatos. Se lamía las patas delanteras y mantenía los ojos abiertos sin pestañar. En la lógica del sueño Rudo se había transformado. Tomás despertó angustiado porque sabía la historia del animal. Siempre perseguía los gatos de la casa y los obligaba a irse -o eso le decían a él- por lo que su padre lo golpeaba con salvajismo y le retaceaba comida. El pobre perro se volvía entonces más violento con los gatos. Terminaron abandonándolo en una calle lejos de casa y trayendo a otro perro. Lo peor de la histo-

ria fue que cuando lo abandonaron, sus padres le dijeron que el perro se había ido solo, pero resulta que volvió. Tomás pudo ver la reacción colérica de su padre ante la insistencia del perro. La forma en que lo subió al auto agarrándolo del cuero y lo hizo desaparecer.

— Te amo Alex, eso, quiero decirte que te amo.

— Sos muy gracioso ¿Qué te pasó hoy?

— Nada, es que me decidí, te amo, estuve leyendo Marx y Lenin para principiantes y el tomo I de El Capital y si bien todavía tengo un poco quilombizadas las cosas, ya te puedo decir las diferencias entre plusvalía relativa y absoluta.

— Sos muy gracioso.

— Haceme un examen, ley del valor, fetichismo de la mercancía, ley decreciente de la tasa de ganancia.

— Se nota que sos escritor, cómo te gustan las palabras. Esto no es cuestión de palabras.

— Sí, hay muchas palabras buenísimas: proletariado, internacionalismo, materialismo histórico. Pero en serio, estoy enamorado de vos.

— Vos estás loco y listo.

— Transición, dialéctica, todo lo sólido se desvanece en el aire.

— ¡Callate ya! No lo arruines.

— ¿Qué? ¿En serio? Voy para allá enseguida.

Se apresuró en vestirse. Pollera a cuadros, camisa beige, medias can can, zapatos con taco, cartera animal print y una peluca que dicen supo usar su abuela. Se empolvó la cara, se delineó los ojos, se pintó las uñas y la boca con un rojo furioso. Se imaginó de fondo la canción del dibujito de Rambo.

La vereda de la librería con un montón de gente gritándose. Una mujer rubia platinada queriendo entrar acompañada por varios policías y un par de tipos de traje con papeles en las manos. Damián encadenado a la puerta. Alex gritando y gesticulando con los brazos que nunca puede dejar quietos. Varios amigos y clientes aplaudiendo. Tomás, travestido, mira la escena y siente que se le cae un piano de cola en la cabeza, como en los dibujitos animados. Empieza a aplaudir y baja a cortar la calle.

Mujer bonita

I

Definitivamente, Tomás no era Richard Gere. Richard jamás hubiera hecho lo de la libreta. Tomás nada que ver con Richard: una noche cuando su madre veía *Pretty Woman* por décima vez con ojos vidriosos le gritó que deje de embobarse por mentiras. Sabe que su madre fue la única mujer con la que practicó, conscientemente, la crueldad. Con las otras que le siguieron no fue así, ni siquiera con Celeste, lo de la libreta fue solo un error. Siempre se sintió incapaz de pedirle perdón a su madre, lo sentía un acto inútil, casi falso. A Celeste decidió no verla más.

— Tengo algo para vos — dice en tono de promesa. Acostado con un libro en las manos ve cómo se contornean dos piernas larguísimas tratando de despegarse de las sábanas. Nota un moretón en uno de los muslos y con sorpresa ve que Celeste saca una libreta que había estado escondida debajo de la cama.

— Es de un cliente, está re loco el tipo, mirá las cosas que escribe — sonrío mientras le alcanza el cuaderno estirándose como gata. Están arrodillados en medio de la cama. Tomás siente aún su olor a sexo. — Te sirve ¿no?

Para escribir —. Las hojas están llenas de signos dispuestos en forma incongruente, críptica. Hay fechas, un cierto orden cronológico y después caos. Triángulos, círculos mezclados con números y palabras sueltas.

II

Quizás la idea de acostarse con una prostituta cara le vino por ese asunto irresuelto de la infancia. Demostrarse a sí mismo que Richard Gere podía existir y que él podría encarnar el relato. Tomás sabía por su madre que Richard, el real, supuestamente tendría una casa en Tafí del Valle o Purmamarca y una novia argentina, tucumana creía, mucho más joven que él, *jovencita*, decía su madre, *de unos veinte años la chica*. El tipo ya era un vejstorio y Tomás lo imaginaba impotente, satisfaciéndose con los juegos perversos que le hacía practicar a su cenicienta. Para él, este Richard real estaba más cerca del dueño de la libreta que del príncipe de la película.

Trabajó de lo que pudo dos semanas intensas, juntó la plata y repasó el rubro 59 minuciosamente todos los días. *Rosario garganta profunda*, *Jessi la bebotá*, *Noe traba cola perfecta*, le divertían esos enunciados cuasi poéticos. Quería encontrar uno especial. Leyó *Celeste es el cielo* y llamó de inmediato.

Celeste recibía a sus clientes en el piso nueve de un edificio a tres cuadras de la plaza Independencia. To-

más se sentía incómodo, le molestaba la burocracia del sexo pago, el calor, la moral, lo que hacía. Tocó el portero eléctrico. Tocó el botón del ascensor. Lo hicieron pasar.

Cuando la vio, en lo primero que pensó fue en un poema de un viejo conocido suyo:

*Un jueves
encontré a dios en un cineclub.
Era morocha,
de Aries.*

“La necesidad de lo contingente” se llama el poema. El poeta era un viejo que había sido hippie en Buenos Aires y se vino para Tucumán a finales de los 70 en plena dictadura. Su nombre era Claudio y no escribía sus poemas sino que los iba acumulando en su cabeza hasta hacía poco tiempo, cuando una mujer lo convenció de que publicase. Desde entonces agregó todos los nuevos poemas que hizo a ese libro único, un sustituto de su memoria. Tomás sentía admiración por Claudio y su habilidad para recitarse toda su obra de corrido, más ahora cuando en un departamento de la 9 de Julio se encontraba con el mismo Dios que el viejo había visto. Celeste era morocha de ojos verdes. Pelo negro azabache, bien lacio, a lo Cleopatra, vestía un conjunto con portaligas turquesa, no debía tener más de veinte años.

— ¿Querés tomar algo?

Asintió con la cabeza. Estaba muy nervioso. Pensó en Richard Gere pidiéndole a una joven jujeña que le meta un dedo en el culo. Pensó en Julia Roberts menopáusica y con celulitis sentada en un bidet. Pensó en sus padres haciendo el 69. Pensó en por qué una mujer tan hermosa tenía que trabajar de eso.

No se le paró. Celeste usó todos los trucos que había aprendido, pero no hubo caso. Tomás no podía sacarse de la cabeza a sus padres con máscaras de Richard y Julia practicando el kamasutra con *Pretty woman* de fondo.

—Discúlpame, no sé qué me pasa ¿Me dejás que te lea algo?

III

—¿Cómo se llama el tipo?

—Raúl — dice que se llama.

—Contame, ¿Qué hace? ¿Cómo lo hace? — gesticula desnudo.

—¿Es necesario?

—Sí, hermosa, es para la historia. Me interesa, porque algunos signos son claros pero otros no — dice mientras acaricia una cicatriz en su espalda. Celeste lo aleja algo enojada—. No te pongas así, el tipo inventó un lenguaje en clave, te digo.

—El tipo es un boludo, bruto, hay varios así, se excita con el control, maniático.

— Pero para vos, y esto es importante, ¿el tipo escribe en la libreta lo que hizo o hace lo que escribe? ¿Me entendés? Si tiene un plan o lleva un registro

— Qué sé yo eso.

— Está bien, si no me querés contar, está bien — la roza apenas con sus dedos. Respira lentamente en su cuello, raspándola con el aire caliente en los hombros marcados.

— Para mí hace las dos cosas.

— ¿Cómo?

— Eso, viene con algo escrito pero agrega, corrige. No sé.

IV

Según Wikipedia Richard Gere no fue la primera opción para el director Garry Marshall sino Christopher Reeve. Luego del rechazo de Reeve pensó en Al Pacino quien hasta habría realizado audiciones leyendo partes del guión con Julia Roberts. Otra alternativa, dicen, fue Sylvester Stallone.

Para el papel de Vivian, la prostituta, se habría pensado en muchísimas actrices, Meg Ryan, Michelle Pfeiffer, Jodie Foster, Bridget Fonda, Brooke Shields, etc. Incluso habrían audicionado las muy jóvenes Jennifer Connelly, Winona Ryder y Drew Barrymore.

Tomás piensa que con Stallone y Winona Ryder

habría sido otra película y no le habría gustado a su madre. Las combinaciones eran interesantísimas: Al Pacino-Brooks Shields, Christopher Reeve - Drew Barrymore, etc. Al Pacino termina de cafisho, Stallone matando a Winona y Drew dejando a Reeve por un yonki disfrazado de Superman. Esa tarde le pregunta a Celeste si había visto la película.

—Sí, la vi de chiquita. No me gustó.

V

Fideo rodilla en tierra

O

Δ al final.

Acabo afuera N 100%

—Ves, esto es medio fácil de interpretar: Fideo es el pete, O es por atrás, Δ es por adelante, la N es algo así como la nota que el tipo pone a su performance pienso, porque varía y es cuantificable.

—Mirá que sos inteligente, yo jamás me daría cuenta.

—Pero esas son las marcas fáciles porque el tipo a veces habla de pizza, nafta, de minestrón, que son sutilezas. En las últimas anotaciones antes de que se olvide la libreta tachó mucho, hay algo, un signo que tacha, no sé qué será, lo que estoy casi seguro es que es el mismo siempre.

VI

Después de aquella primera vez fallida, hicieron el amor en todos los momentos libres de Celeste. La paga ya no eran las monedas de dos semanas en changas diversas sino que su tarea era mantener limpio el departamento, lavar los platos, ir a pagar las facturas y leerle poemas. Antes o después de coger Tomás le leía uno.

—Lo único más intenso que escribir es esto —dice mientras ella sale del baño vestida solo con una musculosa vieja.

—Me gustaría algún día estar cerca de alcanzar algo aunque sea parecido, llegar a ese límite, al menos en un verso —repite sentándose de golpe y moviendo la mano con el índice extendido. Celeste lo mira contenta de saberse inalcanzable en ese imposible que es el verso que Tomás busca cada vez que hacen el amor. Y vaya que busca en los rincones de su espalda, en cada uno de los lunares esparcidos como polvo de estrellas en su universo de piel de gallina, en los moretones inconfesables en su muslo, en el vello debajo del pelo de la nuca, en la cicatriz a la altura del hombro derecho, en el escalofrío del vientre por su respiración agitada, Tomás busca ese verso imposible y Celeste está contenta de saber que está ahí, en su cuerpo y es inalcanzable.

—Cuando lo haga la pego y nos vamos a la mierda. ¿A qué ciudad querés que vayamos? —le pregunta

mientras, todavía desnudo, hace la cama y rocía la habitación con un perfume horrible.

—No sé, nunca pensé irme a ningún lado.

VII

Dos botellas de Coca Cola llenas con agua del caño, una barra de chocolate, un par de manzanas, tres huevos... tres polveras, varios botecitos de cremas, jabones, pastillas, forros escondidos en una cajita de perfume... pares de zapatos, remeritas, vestidos, medias, portaliñas, tangas... con una tanga violeta en la mano Tomás se sabe derrotado. Qué sentido tiene esa búsqueda, desesperado ha estado revolviendo todo el departamento. Qué puede encontrar en la heladera vacía o el botiquín más que la confirmación de lo lejos que está de Celeste.

La noche anterior había soñado que en una casa encontraba sobre el sillón una caja grande envuelta para regalo como las que aparecen en las películas. Antes de abrirla, se pregunta quién pudo haberla traído, su madre, Celeste, aunque sabe que ninguna tiene llaves de esa casa. Indudablemente, se trata de un presente de alguien para él: tiene una tarjeta pegada con un moño que dice "para Tomás" en letra de molde con lapicera azul. La inquietud lo lleva a destrozarse el papel, apurado. Para su sorpresa, dentro de la caja hay otra caja, casi idéntica, solo que más chica y con otro papel. La abre, molesto, pensando que

capaz es una broma. El malestar se vuelve miedo cuando descubre que el procedimiento se repite: adentro hay una caja más chica, casi igual. Movido por la adrenalina del terror, abre una tras otras las cajitas cada vez más pequeñas hasta llegar a una del tamaño de un paquete de cigarrillos. La sopesa con la mano. Está seguro que contiene algo más que otra caja. No sabe qué hacer. Al final la abre. Lo que hay es una especie de cucaracha o bichito de luz, aunque no es ninguno de los dos. Lo agarra de las patas y se lo come.

VIII

—No —dice cuando Celeste le pasa las hojas con sus poemas—, esta vez te toca contar a vos.

—Pero qué querés que te cuente, ¿de Raúl y su minestrón?

—Sí, pero no, digo, contame eso también porque sabés más de lo que me decís, pero ahora quiero saber de vos, no sé, por ejemplo ¿Cuál es tu nombre real?

—Celeste, es el que elegí, el otro no me gusta.

—Pero decime cuál es.

—Para qué, es feo, adivina.

—Romina-no-Jessica-no-Sofía-no.

—Cara de qué tengo y no digas de trola.

—De Marisa.

—¡Es feo pero no tanto! Me gusta esto, a ver: ¿cómo

te imaginás mi vida antes de ser puta?

– No sé, por eso te pregunto.

– Pero qué pensás, dale jugátela.

– Pienso que sufriste mucho, por tus ojos.

– Sufrir, sufrimos todos, vos seguro crees que fui una pobre chica de Famaillá que la violó un tío, ese tipo de historias no, eso no soy. Nací en Capital ¿Cuántos hermanos creés que tengo?

– Varios, pienso.

– Nada que ver, nada de familia numerosa, no son más chicos que yo y no nací de una aventura de mi vieja con un gringo aunque capaz eso...

– La idea no era encasillarte.

– Me haces reír cuando te ponés así, por eso te parece tan intrigante el viejo Raúl.

– Capaz, soy un naif.

– No sé qué es naif, pero no quiero que te pongas mal, estamos jugando. ¿Querés saber qué es un minestrón?

IX

La canción se llama Oh Pretty Woman, los autores son Roy Orbison y Bill Deer. Orbison es el cantante que la popularizó, después siguieron innumerables versiones, destacan las de Al Green, Ray Brown jrs. y la de Van Halen con un recordado video para MTV donde los miembros de la banda aparecen disfrazados. Du-

rante mucho tiempo se dijo que la raíz del alejamiento de David Lee Roth de la banda se debió a un incidente que surgió durante la filmación del video clip. Se cuenta que los productores organizaron una fiesta de disfraces donde no escasearon el alcohol, las drogas y personas de la farándula. En medio de la fiesta uno de los hermanos Van Halen le habría declarado su amor a Roth; otras versiones aseguran que un actor, Stallone o Robin William, presenció sin querer cuando Eddie Van Hallen sodomizaba a Roth, quien vestía ropa de una pretty woman.

A Celeste la canción sí le gustó, hasta un tiempo tuvo de ringtone la versión original de Orbison.

X

Tiene una navaja. Pasa lentamente el lomo frío por su piel erizada. La agarra del pelo y tira hasta ponerla de rodillas con la cabeza a la altura de su regazo. Vuelve a tirar. Le está indicando que saque el cinto y baje la bragueta. Le enrolla el cuello con el cinto. Acerca entonces la cabeza amarrada al miembro erecto. El movimiento es repetido varias veces. La mano con los mechones saliendo de entre los dedos es la que marca el ritmo. La otra mano, que sostiene aún la navaja y la punta del cinto, está a la espera. El ritmo es cada vez más rápido. Hay una arcada. La mano empuja más. Otra arcada. La mano aleja la cabeza del miembro. La otra tira hacia arriba. Otra vez

está de pie. La da vuelta y la empuja hasta hacerla caer sobre la cama. El cuerpo del hombre aparece al fin sobre la mujer aplastada. Lentamente comienza a moverse. Le agarra una mano y la lleva hasta el espaldar metálico de la cama. Le indica que apriete. Aprietan juntos. Mano sobre mano. El movimiento ya es más rápido. La escucha gemir. Levanta su torso y se distrae mirando la espalda de la mujer. La agarra del pelo. Toma una almohada y la pone frente a su boca. Quiere que la muerda. El movimiento es más rápido. Aprieta con más intensidad la cabeza contra la almohada. Siente el chirriar de los dientes. Escucha una sonido mezcla de ahogo, llanto y risa como el grito de un bebé al nacer.

Tomás deja de escribir. Tacha todo y lo tira a la basura.

XI

PLAY

Wow!

pretty woman, walking down the street, pretty woman, the kind I'd like to meet

—O / 2 al tipo le gustaba que le metás cosas por detrás ¿verdad?

—Sí, sí, mucho, le encantaba, ¿quierés probar?

—Dejá de joder, paso.

*pretty woman, i don't believe you it must be true,
no one could look as good as you
mercy!*

—Cuál entonces —dice mientras comienza a sacarle el cinto. Se lo enrolla en el cuello y le grita— : tirá.

—Pará un poco.

—Tirá, cagón —le repite. Tomás está tentado, no puede parar de reírse. Le hacen cosquillas los dedos de Celeste en sus bolas y el grito que cree escuchó en una película sobre el Che Guevara.

pretty woman won't you pardon me, pretty woman i couldn't help but see,

—Ay, Ay ¿qué hacés?

—Perdoná. Mejor pegame vos. Dejame tu marca.

—Me hacés reír —dice Celeste tentada.

*pretty woman, oh you look lovely as you could be,
are you lonely just like me adrrrrr...*

XII

Espera que termine en un café de la esquina. Dos horas en potencial sin poder leer nada. Tiene abierto el cuaderno entre sus manos. *¿Llevará otra libreta?* se pregunta y siente que jamás sabrá lo que tacha un tipo como

ese ni lo que tacharía Celeste o como se llame la mujer que llama así desde hace un mes. Los signos le son más ajenos que nunca. Al fin ve que se abre la puerta del edificio.

Lo ve salir de traje y maletín, buscar su auto importado de la cochera de enfrente e ir al colegio de las niñas, diez y trece años, que le piden chocolate y caramelos de la selva. Lo sigue de cerca y piensa en Richard Gere defecando sobre una hermosa jujeña tipo Pocahontas, Richard cagando, el culo blanco al aire, sobre la Pachamama o Julia Roberts y se imagina a su madre escondida viendo la escena con placer y un poco triste. El tipo parece feliz, hace un chiste a sus hijas que se le cuelgan de los brazos, está perdiendo el pelo, pero su aspecto es joven. La esposa lo esperará en la casa con el café caliente, bata, perro y pantuflas, charlarán de los robos del día y de lo mal que anda el país. Tomás lo mira desde la vereda de enfrente. Cruza la calle y pasa al lado tipo que no nota su mirada obsesiva. No le dice nada y tira la libreta en un basurero que hay sobre un poste de luz.

Historia de amor a pedazos Primera parte

La vio entrar al local por primera vez una mañana de sábado. El negocio estaba repleto. Era verano y el día se prestaba para las compras. Ella lo notó libre y se le acercó sin dudarle. No le importó que fuera hombre. *“Sabe a qué viene, ya tiene todo decidido previamente”* pensó Tomás impresionado por la seguridad de los movimientos de la joven. Apoyada sobre el mostrador en puntas de pie, le pidió:

— ¿Me podés mostrar el camisón de seda de la vidriera?... y un encaje rojo con vuelos que vi el otro día y ya no está. Ah... y un par de medias tres cuartos rojas y un portaligas.

— ¿El portaligas también rojo? — dijo con malicia.

Convencido de un pequeño triunfo fue a buscar las prendas. No le consultó talle alguno, como era su costumbre. Tomás se divertía adivinando medidas, dibujando los cuerpos desnudos de las clientas, encontrando la lencería justa para ese par de tetas de madre primeriza o de señora de pasados los sesenta, buscando la combinación perfecta de piel y sombra que resguarde mejor el misterio del cuerpo femenino, esa amalgama de ser y desvanecer, ese estado límite entre el vestirse y la crudeza de la carne, grieta donde habita el deseo y todo

lo que para él podía llegar a tener algún valor, *“todo lo anterior y posterior es rutina”* sabía decir, *“el arte si existe está ahí, el hecho artístico, el fenómeno, digo”*. Para Tomás la dignidad de su trabajo no consistía en los \$1.800 de la paga mensual sino que se justificaba en ese acto de creación cotidiano, *“la creación consiste en dar forma, en el nombre que materializa la palabra, pero algunos nos debemos conformar con marcar los contornos”*. Estaba satisfecho con esa felicidad modesta. Tenía veintiséis años y se sentía un viejo. Ya no escribía *“literatura”*.

“Es pendeja, no tiene más de diecisiete, dieciocho años. Típica debutante que le quiere dar con todo el cotillón al novio. No es fea aunque algo pálida. Petisa pero pulsuda, piernas macizas y bien formadas, algo cortas pero lo de las medias y el portaliagas va a andar. Tiene actitud y eso es lo que importa. Rojo, se eligió todo rojo la pendeja”.

—¿Este es el encaje que decías verdad? Es muy fino, mirá los detalles, te va a quedar perfecto, acá tenés lo demás.

—¿Puedo pasar a probármelos?

—Cómo no, pasá por acá.

Notó demasiada ansiedad en la adolescente al momento de hacerse de la ropa e ir al probador. Tomás disfrutaba de la excitación de las vírgenes con juguete nuevo, las imaginaba rateándose del colegio y comiéndose las uñas, escribiendo con liquido corrector frases obscenas en el baño en la hora de Ética o Religión y atragantán-

dose con el humo del cigarrillo compartido con las otras, con las que siempre van al baño, sus iguales, esas que saben todos los detalles de sus mentiras. Sin embargo, sentía que con esta pendeja había algo más, una forma de relacionarse con la ropa, ajena a su rol y nuestros roles, algo físico, una forma de tocar.

“Regla número uno: no te podés enamorar; regla número dos: no podés ser un pajero”.

Tomás había pasado la prueba. Superando prejuicios de propios y extraños se había convertido en todo un profesional de la venta de lencería. Había logrado, no sin algún tropezón y arañazo en el camino, alcanzar ese lugar con respecto al objeto que lo situaba más allá de cualquier coyuntura y exacerbación. Sus noches de café caliente o whisky pasaban como los rostros de las visitantes de su departamento y siempre llevaba consigo un par de medias Cocot en un bolsillo del saco, por las dudas. Decía *“si a alguna mujer se le rompe una media tratando de subir una escalera o el colectivo, o en una fiesta cualquiera, hay que estar preparado”* y comenzaba la historia de una arquitecta salteña o de una maestra de jardín de infantes.

La excesiva demora en el probador empezó a angustiarse. Cinco minutos, una mujer rubia, linda, operada, media concheta, conjunto animal print Coramina, \$150, gordita, veintidós años, estudiante de filosofía o derecho, anteojos, morocha, corpiño con breteles de sili-

cona, \$40. Pasaban los minutos, el tiempo, la mocosa todavía en el probador. No se la podía sacar de la cabeza. *“No tiene pinta de ladrona”* pensaba *“se debe haber probado todo, quizás ahora esté llorando avergonzada de sus rodillas y tetitas en forma de pera inmadura”*.

La fijación aumentaba. No podía escuchar a la morocha que le preguntaba el precio de unos culottes de modal recién llegados. Pidió disculpas. Como si un monstruo agazapado hubiera despertado sobre la ruina de su cordura no pudo evitar reconocer el deseo de espíar a la pendeja. Solo eso: verla. Nada más necesitaba. Fue hasta el probador. Detrás de la cortina logró intuir partes recortadas de su cuerpo. Oler el aire caliente de sus movimientos. Cuando estaba por hablarle escuchó un ruido extraño. Notó una luz intermitente. La agitación adentro era más intensa. Fotos- pensó- y tuvo ganas de correr la cortina y besarla. Morderla. Retomando la compostura dijo:

— ¿Algún problema?

— No, nada, ya termino.

Del probador salió toda despeinada. Estaba agitada, respiraba por la boca. Hecha un solo bulto llevaba toda la ropa interior que se estuvo probando y el estuche de una cámara digital. Dejó la ropa amontonada sobre el mostrador y dijo secamente *— acá está lo que me probé —*. Se fue como escurriéndose. No compró nada.

Tomás revisó la ropa. Estaba todo. *“No es una la-*

drona. Quizás se enojó por la intromisión, quizás es una pendeja indecisa y se arrepintió a último momento cuando se acordó del papi, quién sabe”.

Marta, la cajera, había estado atenta todo el tiempo a lo que pasaba. Se acercó a Tomás para quejarse por la impertinencia de la chica y advertirle que debía tener cuidado. Él asintió y no pudo volver a concentrarse en el trabajo en todo el día. Corpiño taza soft, medias de lycra, conjunto con puntillas Selú, quería que la jornada terminase de una vez. En su casa, más tranquilo, podría olvidarse del episodio con la chica. *“Sus ojos, esos ojos de fiera en celo con los que salía del probador, no expresaban molestia ni arrepentimiento, sino la más pura satisfacción, la consumación de una pequeña plenitud, la única posible por otra parte, la conciencia del juego acabado. Los ojos de la pendeja eran de realización y yo como un boludo”*.

Tomás no encontró en el cambio de ambiente del departamento la paz que buscaba. Era consciente que estaba infringiendo una de las reglas que le habían permitido, si no ser feliz, al menos el disfrute del paso del tiempo, hacerlo menos doloroso *“de esto no se sale, boludo, no hay retorno, parala ya que no volvés”*.

Pensó en ordenar su colección de botellas o armar separadores de libros con cajitas de cigarrillos, pero lo había hecho hace poco. Tomó el teléfono. Agustina, bailarina de danza contemporánea, actriz y cantante, una especie de super grupie, se acuesta con *“artistas”* desde

cantantes de folclore hasta el mimo de frente a la iglesia San Francisco; Tomás la conquistó haciéndole crucigramas. Pasó directo al contestador. Marcó otro número. Alcira, casada, profesora de letras y parapsicóloga; la ayuda escribiendo los horóscopos para La Gaceta. Nadie atendía. La monotonía del tono aumentaba el desconsuelo. No quiso pensar en la suerte y dejó el aparato con desprecio. *“Una mujer no solucionaría nada”* se mintió *“necesito aire, tomar aire y quizás un whisky”*.

“A los bares uno siempre debería ir solo” repetía cada vez que tenía oportunidad. *“No son lugares para festejar cumpleaños ni el día del amigo. No es un espacio para el festejo de nada y la mejor compañía es un desconocido”*.

La mañana siguiente parecía que todo había vuelto a ser como era, la ansiada normalidad, corpiños con almohadilla para la flaca, cancán para la maestra de cuarto grado gorda, conjunto de Betty Boo para la estudiante de psicología clase media. Todo aparentaba estar encausándose. En los días sucesivos concretó un par de citas y creyó olvidarse de aquella pendeja como de un mal sueño.

La chica reapareció un miércoles. Más de una semana había pasado desde aquel sábado de su primera visita. El local estaba semivacío. Lo encaró.

—Hola ¿me pasás el conjuntito negro de la vidriera, un par de medias tres cuarto y un portalligas negro? Y algo de arriba para combinar.

“Está como más suelta la pendeja, más linda, segura

de que manda, que tiene el poder de la tarjeta del papi, la impunidad de la adolescencia, del que cree que hay algo más que puras derrotas”. Tomás la vistió a su gusto; le llevó varias combinaciones posibles

— Probate estas, que de esto algo sé.

— Gracias — respondió sonriendo.

La poca clientela de un miércoles de fin de mes acentuaba la demora. Se las ingenió para pasar frente al probador tres veces con la excusa de buscar mercadería. Tomás sentía que posaba para él. Por el filo entre la cortina y el espejo veía o se imaginaba ver la cadera huesuda, las rodillas combadas, los pezones morados rodeados de lunares pequeños *“detalles, en los detalles está el arte de las cosas, todo lo demás es igual, es rutina”*.

— Tomás, andá a ver qué pasa con la chica que atendiste que hace como cincuenta minutos que está en uno de los probadores — dijo Marta.

— Ya voy, lo que pasa es que llevó varios conjuntos y es pendeja, indecisa, ya voy.

Marta era la más antigua de las empleadas del local. Gorda y vieja, era como la espía de la dueña dentro del personal. Resentida del cuerpo femenino como metáfora del paso de los años, era una profesional y, sin dudas, lo ayudó a conseguir el trabajo. Tomás sabía que sus otras dos compañeras insinuaban ciertas preferencias para con él que quizás existían, pero que no estaba dispuesto a explotar más allá del recato.

— ¿Todo bien con los conjuntos?

— Sí, están re lindos, ya salgo — dijo mirándolo a los ojos, la cara y los hombros desnudos mostrándose entre la cortina y la pared.

La salida fue más escandalosa que la vez anterior, con todos los conjuntos y medias mezclados, incluso del revés, cayéndosele de los brazos, dejó la pila de ropa en el mostrador y solo atinó a decir — *Chau, gracias* — yéndose con toda la desfachatez del mundo.

Tomás la observaba impávido, como no creyendo o no queriendo creer, maravillado como un ateo en medio de una experiencia mística.

— ¿No llevó nada? Controlá que capaz es una ladrona — lo increpó Marta.

— Ya me fijé, no es eso.

Tomás no tuvo miedo de dejarse llevar por la gloriosa sensación que lo invadía “*sin las debidas privaciones y represiones somos como animales*”. Atendió el poco trabajo que hubo y volvió a su casa sin necesidad de whiskeys ni mentiras. Esa noche recortó fotos de mujeres que aparecían en revistas Nueva que tenía en casa y tapándoles la cara con el papel plateado del cigarrillo les inventó nombres y posibles destinos. Estaba feliz en su animalidad.

El problema empezó cuando al día siguiente, sin la debida pausa para hacerlo soportable, poco antes de la media mañana, la chica volvió. “*Los excesos son amigos del*

infortunio. Cree que lo tiene todo, el sartén por el mango”. Fue directamente hacia él.

— ¿Otra vez por acá? — dijo tratando de recomodar a su favor la correlación de fuerzas.

— Sí, es que quiero que me muestres unos encajes y conjuntos más como los de ayer.

La apuesta estaba doblada y aceptó. Buscó los colores, las texturas, modal, lycra, seda, satén, los bordes y bordados, las puntillas y sus formas, la suavidad y su materia, el hilo y el algodón y así la vistió y desvistió mil veces llegando a sentir la tibieza de su cuerpo entre sus manos y se dio cuenta, entonces, que se había enamorado.

— Tomás, ojo con lo que le des a esa chica, es la de ayer — susurró Marta.

Tomás la miró con rabia, ¿por qué tenía que recordarle la fealdad del mundo? ¿Qué derecho tenía ella de entrometerse en su mentira, en ese artefacto tan suyo que él dejaba funcionar más consciente de su capacidad de autodestrucción que ella y que cualquiera? “*Vieja metida*” pensó mientras le hacía un gesto de asentimiento.

Nada fue igual desde la indicación de Marta. Los minutos pasaban con la chica dentro del probador, poca clientela en el local, la gorda en la caja cobrando, las otras dos empleadas charlaban entre ellas o atendían a la señora que quería un par de medias azules para el uniforme de su hija rubia de nueve años que mira impaciente con su delantal celeste, pero Tomás sentía que todo eso era

una vil pantomima, que los ojos gigantes de Marta estaban en todas partes, a sus espaldas, sin dejar de fijarse en cada uno de sus gestos y movimientos e incluso podían inmiscuirse dentro del probador para él vedado y profanar con su mirada envidiosa a su niña, violentada en su juego perverso. Tuvo ganas de matar a la vieja y escapar con la pendeja en ropa interior a una isla pero ésta era la realidad, la bendita realidad donde si uno mata a una vieja va preso y las islas están privatizadas para los viejos con plata. No había otra que tragar saliva y aguantar.

El tiempo seguía pasando. El aire en el local sin gente era tenso, solo los movimientos dentro del probador interrumpían un silencio de misa. Marta miró a Tomás para indicarle que iba a ver qué pasaba con esa chica tan desconsiderada. La interceptó en el camino y le dijo que él la estaba atendiendo.

— Está bien, andá vos, pero decile que apure, que no está en su casa — dijo blanqueándole los ojos.

Tomás le mantuvo firme la mirada, luego hizo un gesto de conformidad y fue hasta el probador. Sabía que algo se había roto en el equilibrio que tanto le había costado construir. La pequeñísima fracción de segundo que separa un viaje feliz de vacaciones en auto de un accidente de tránsito; la falta de señales claras, el semáforo, el niño que cruzó sin mirar son solo atenuantes que jamás compensarán nada, solo permiten sobrevivir a la propia misericordia sin volverse loco.

“Loco, loco, debes estar loco para hacer esto, Tomás, qué sentido tiene plantártele a la gorda, para qué, por una pendeja destetada que juega a ser mujer cuando el papi no le da la maderera, dejate de joder, para qué todo esto...”

— ¿Todo bien con la ropa?

— Sí, ya salgo — dijo y se mostró un instante sin cortinas. El corpiño le quedaba grande, las rodillas eran chuecas con varias cicatrices chiquitas, la piel era demasiado rosada...pero la pendeja era una mujer.

A partir de ese momento las cosas pasaron más rápido, esa pequeñísima fracción de segundo que todo lo cambia.

Salió del probador como siempre con un farrago de corpiños y medias en los brazos, altiva, sonriente, feliz, como viviendo en una capsula distinta a la de Tomás, con otra lógica, con otro tiempo, un tiempo que él había perdido y anhelaba desde su mundo de manos sudorosas y premios por ventas realizadas. — *Acá tenés todo* — dijo atrevida —. *Chau* — se despidió satisfecha, habiendo cerrado el circulo, completado el rito iniciático, erótica, inalcanzable. Marta interceptó a la muchacha increpándole su falta de consideración. Tomás sintió que le amputaban una parte del cuerpo, un brazo, una pierna, algo bien material pero que no podía explicarse en una clase de anatomía. Salió en defensa de la chica. Se gritaron. Sus dos compañeras cuchicheaban entre ellas. Viejos rencores fueron dichos, avideces mudas, favores no reconocidos,

recompensas esperadas y la certidumbre de que no había vuelta atrás en la mentira.

Tomás se fue del local a buscar a la adolescente que se había escurrido apenas comenzado el griterío. Caminó unos metros, sintió la angustia de no encontrarla, de que nunca haya existido, de que se haya perdido en la multitud de las peatonales, pero sobre todo tuvo miedo de olvidarla. Unos pocos pasos más adelante, cuando todo parecía perdido, la vio: estaba sentada en un banco al lado de un viejo con una bolsa de Carrefour llena de diarios, abstraída en las imágenes de su cámara digital, contenta, completando y contemplando su obra. Tomás se rió de sí mismo, pensó en interrumpirla pero se contuvo. Supo, en ese momento, que no volvería más al trabajo.

Historia de amor a pedazos. Segunda parte

— Esta es la historia de una monja que creía que el sexo anal no era pecado sino una forma de pagar culpas. Se llamaba Dorotea y su misión había sido ir a evangelizar a un grupo de salvajes. Resulta que los nativos entre otros problemas tenían baja natalidad. Al poco tiempo se comprendió que se debía a sus costumbres sexuales: practicaban principalmente sexo anal. La monja lo interpretó como un castigo divino. Una manera de pagar con dolor la presencia del deseo. La monja llegó a predicar que era la mejor forma para limpiar el pecado de la lujuria y que los religiosos debían hacerlo como parte de sus votos de castidad. Se cuenta que solía visitar a los criminales de la tribu y ofrecérseles en un acto de sacrificio indudable. Dicen que de grande se dejaba con los tullidos o dementes en un acto doble de caridad y expiación. Fue excomulgada y su caso debidamente silenciado para evitar el efecto contagio dentro de la Iglesia.

— ¿Es verdad que es muy doloroso?

— Sí, muy, pero hay maneras de alivianarlo con distintos lubricantes, la monja usaba cebo de vela o saliva. Dicen que se hizo de una secta evangelista de Brasil, que vivió cerca de cien años y que llegó a meterse de

todo por atrás, botellas, verduras, algún santo o el cirio pascual, pero murió virgen.

Ella está sentada en un banco de la peatonal Muñecas. Las piernas cruzadas, la cámara levemente apoyada en las rodillas redondas y amontonadas. No sabe que la miran. Abstraída en la contemplación de las fotos no se enteró aún de que Tomás acaba de encontrarla. Jamás se imaginaría que un hombre sería capaz de una cosa así: dejar el trabajo gritándole a la gorda e ir tras de ella. Muy de héroe. Demasiado. Ella poco y nada se ha preocupado de la invención de héroes. Está algo decepcionada. Ya tiene demasiado con su propia invención; además cuenta con pocos elementos para imaginarse a los hombres. Siempre fueron lo otro, esa cosa latente, inquietante, pero siempre otra cosa. Sus hombres eran puro artificio y así tenía que ser. Distinto de Lucía y de las otras que estuvieron todo el tiempo allí, en ella, y un día emergieron y terminaron de hacerse. Quizás ahora todo esté perdido, se dice.

La joven que en estos momentos mira concentrada las fotos obscenas que se acaba de sacar Lucía en el probador de un local de ropa interior no registra en su DNI el nombre de Lucía ni de las otras mujeres que supo inventarse. Recuerda la primera vez que se le apareció la imagen de Jesús desnudo y cómo se le dio desde entonces por andar con alcohol en gel en la cartera.

Después de agarrar un picaporte o de rezar el rosario enjugarse las manos. Lucía fue un intento de no volverse loca, piensa, y se ríe.

Domingo de misa y oración, colegio católico Fasta. Rezar antes de dormir y comer, antes de clases, en el colegio, en la casa y en la iglesia; una vida regida según las leyes del padre. Siempre vivió angustiada en ese mundo de imágenes de yeso. Les tenía miedo a las sombras que proyectaban alumbradas por las velas, sobre todo a esos ojos mirando todo el tiempo al mismo lugar. Sin embargo, nunca se cuestionó nada hasta que comenzó su problema de concentración en misa.

— Papá tengo que contarte una cosa

— ¿Qué pasa hija?

— Ya hace un tiempo que no puedo concentrarme en misa, como que me distraigo y pienso en otras cosas.

— ¿En qué cosas?

— En Jesús pero mal, me da vergüenza decirlo.

— ¿Cómo en Jesús pero mal? ¿Qué andás haciendo hija?

— No sé, te juro que escapa de mí y me angustia, pero no puedo dejar de hacerlo.

— ¿Te confesaste?

— Sí, pero no de esto, es que me da vergüenza.

— Tenés que hacerlo de inmediato, hacete cargo de tus pecados y vas a encontrar el camino. Por lo pronto

menos jockey, televisión y amigas.

El remedio terminó por empeorar las cosas. Mientras menos ocupada estaba y era más el tiempo dedicado a las oraciones, esa imagen inquietante se agigantaba en su mente. Crecía cada vez más en el medio de un Padre Nuestro o en el segundo Ave María. La imagen de ese Jesús que no se atrevía contarle a nadie irrumpía brillante en su cabeza como una figura soñada, borrosa, pero más real que las imágenes de yeso. Haciéndole caso a su padre un sábado se atrevió a confesarse:

– Ave María Purísima.

– Sin pecado concebida.

– Contame tus pecados, hija.

– Padre, no sé cómo decirle, hace ya un tiempo que cometo un pecado muy grave.

– ¿De qué se trata?

– Últimamente cuando estoy en misa me distraigo, es como si me perdiera y me imagino cosas terribles, padre. Veo a Jesús, al Jesús que está sobre el altar, pero sin la cruz y desnudo, padre, me mira así totalmente desnudo y a medida que la misa avanza quiero pensar en otra cosa, no mirarlo pero lo veo igual y trato de prestar atención a la misa pero es entonces cuando se hace más fuerte, la imagen de Jesús es más grande y me mira y tiene una cosa enorme, padre, que crece y crece entre sus piernas.

– Callate ya chiquita – la interrumpió el cura –. Tu problema es serio.

Las cosas se pusieron peores. Reunión del director del colegio y el cura Mauricio con los padres y ella. Interrogatorio: ¿Con quién te juntas? ¿Tenés contacto con algún chico? ¿Alguna amiga o compañera te prestó alguna revista prohibida? ¿Qué programas de televisión ves?

La vuelta a casa fue un infierno, su padre estaba furioso. La obligó a rezar toda esa tarde arrodillada con las piernas desnudas sobre el maíz que esparció frente al altar que tenían en casa.

Arrodillada frente a las numerosas imágenes y velas del altar buscó el retrato del corazón de Jesús. Lo miro fijamente. La imagen comenzó a agrandarse. No bajó la vista. Los pinchazos del maíz parecían completar la escena. Apretó con más fuerza las rodillas al suelo. Se estremeció al sentir el ardor del maíz clavándose en su piel. Apretó más fuerte y sintió como unas gotitas de sangre salían de sus piernas lechosas mientras un Jesús rubio y pelilargo, brillante en su desnudez, la miraba colgando un falo de casi un metro entre sus piernas. Gritó. Su madre se acercó asustada y le dijo que con eso era suficiente. Creyó que estaba llorando.

Estuvo seis meses castigada. Podía salir de casa solo para ir al colegio y a misa. Sin embargo, encontró un resquicio de libertad en el dolor agridulce del maíz en sus rodillas y en la mentira. Mintió para sobrevivir, sin arrepentimientos, a su padre, al cura, al director. Mintió que la imagen de Jesús con esa verga enorme se había borrado

de su cabeza. Mintió con placer y empezó a reinventarse.

En los recreos en el colegio comenzó a juntar a varias compañeras para contarles sus historias, fantasías eróticas, ingenuos relatos sexuales. Era interesante la avidez con la que esas adolescentes de clase media y media alta se reunían en círculo a escuchar atentas sus fantasías como si en esos escasos minutos buscaran un espacio para escapar de una disciplina que las agobiaba.

—“Pubis cavernoso” se llama la historia. Ella es una maestra secundaria pulposa y exagerada al vestirse. La ropa ajustada, los labios y las uñas pintadas de un rojo furioso. Una mujer muy sexual, pero incapaz de llegar al orgasmo. Desde que había enviudado habían pasado varios hombres por su vida pero no lograba olvidar al viejo Rafael. Lo había conocido en el campo de un pariente siendo casi una niña y él ya un viejo. Rafael trabajaba con sangre de animales muertos haciendo morcillas. Le decían el vampiro. Una tarde se acercó a espiarlo cuando hacía su ritual. Tomaba un líquido de una copa mientras profería obscenidades. Ella comenzó a sentir una voz en su cabeza. Poséeme, poséeme, le decía. Como un autómatas se acercó al viejo quien no parecía sorprendido al verla. La voz continuaba poséeme, poséeme. Se desvistió en silencio. Él la roció con su cáliz de toro y la poseyó tirada sobre la alfalfa. Era su primera vez. Al terminar le dijo que sufría el mal del pubis cavernoso, mal que padecen mujeres a las que solo satisfacen pocos machos y la invitó a vivir con él.

Desde entonces fueron pareja. No tuvieron hijos.

— ¿Pero es verdad eso? — le preguntaron.

— Eso no es lo que importa — respondió.

El rumor de las reuniones comenzó a expandirse por todos los cursos del colegio. Veinticinco o treinta chicas se reunían alrededor suyo en círculo para escucharla contar sus historias, haciéndole preguntas, pidiéndole consejos y hasta realizando una que otra confesión de sus primeras experiencias sexuales.

Semejante alboroto terminó llamando la atención de los preceptores que interrumpieron una reunión para ver qué pasaba. Las chicas debieron entonces organizarse en un sistema de turnos para juntarse en grupos reducidos.

Llegaban a esperar varios días hasta que les tocaba.

Es por esa época cuando nació Lucía. Una compañera le había sugerido por qué no usar internet, face o algo así para contar sus historias. A todas les pareció buena la idea. Facebook le abrió un campo con tremendas posibilidades. Le hizo una cuenta. Ahora debía crear al personaje.

A la salida del colegio, equipada con su cámara digital salió decidida a armar un álbum de fotos para Lucía. Recorrió muchos locales: Tucci, Kosiuko, Ossira y se disfrazó de mujer, de muchas mujeres. En el primer negocio se probó un vestido de fiesta, guantes y una cartera, estuvo una hora en el probador sacándose fotos, no le importaba la impaciencia de la vendedora u otro posible cliente.

Al final sintió vergüenza y pensó en pagar, o al menos comprar algo, pero eso no tenía sentido. Lucía no podía vivir en esa casa donde el padre la obligaba a orar todos los días para que no quede embarazada como su prima a la que también la obligaban a orar todos los días e igual quedó. Lucía no podía tener su ropa ahí, en el mismo armario de ella por lo que dejando de lado la vergüenza devolvió todo lo que se probó y se fue saludando.

Lucía y su juego, Lucía y George Clooney, Lucía y el “Cuchu” Cambiaso. Más fotos: zapatos Ricky Sarkany, vestido de fiesta Ona Saez, cartera Tropea y Prune. El éxtasis que le producía el vestirse de Lucía la arrojaba a la escritura. El solo entrar al probador con las prendas seleccionadas ya la ponía ansiosa por mirar las fotos y escribir.

La primera vez que fue al local de ropa interior no vio a Tomás. No se animó a entrar. Estuvo unos segundos en la vidriera mirando los conjuntos, las medias y encajes. Esa noche estuvo molesta y no hubo historia en el face de Lucía. Al día siguiente, un sábado por la mañana de principio de mes fue decidida a completar la tarea. Lucía no podía no tener un álbum posando lencería femenina. Esta vez vio a Tomás. Le inquietó ver a un hombre en ese trabajo, le gustó. La imagen de ese joven de rostro firme pero con un toque de tristeza la inspiró a entrar. Fue directo hacia él. En el camino notó que la veía, se esforzó por no bajar la mirada, mostrarse segura. Él parecía estar jugando. Ya frente a Tomás ella se sintió como si estuviera por dar

un examen. Pidió las prendas rápidamente. Parecía no escucharla como si el hablar no fuera necesario en el juego que estaba planteado. El diálogo fue corto. Recién cuando Tomás estaba yéndose a buscar la ropa pedida, ella se dio cuenta que no le había dicho ningún talle ni medida. Se divirtió pensando que la ayudaría a elegir, a vestir su personaje, que sería su cómplice. Le trajo un par de conjuntos, un camisón de seda plateado, un par de medias rojas y un portaliqas. La impresionaron las manos con las que sacaba y traía las cajas de lencería, manos pequeñas pero precisas de *poeta o santo*. En el probador fue completamente Lucía. Palpó sus tetas redondas moldeadas por la estructura del encaje y las fotografió de todos los ángulos posibles. Con medias rojas y portaliqas descubrió las formas de sus rodillas combinándolas con los colores y las texturas de los conjuntos que Tomás había elegido para ella y así se retrató, posando orgullosa de sus bellos y formas inmaduras, mordiéndose un dedo o acariciándose una teta almidonada.

— ¿Tenés algún problema?

La voz de Tomás la sacó del trance, vio la hora, habían pasado unos cuarenta minutos, se apuró en vestirse, le dejó toda la ropa casi sin mirarlo y salió del negocio contenta. Esa misma tarde publicó el nuevo álbum de Lucía, fue todo un suceso. Para acompañar las fotos inventó historias inverosímiles de un erotismo ingenuo pero que tenían un aura de verdad innegable.

Esa noche cuando entró a bañarse volvió a fijarse en su cuerpo. Sintió el agua caliente escurriéndose, la piel de gallina, la garganta algo seca, recién ahí se había percatado que esa mañana en el probador fue la primera vez que se había contemplado desnuda libremente, Lucía podía hablar de vulvas, pubis, penes y demás partes íntimas pero sin perder el tono de clase de biología. Esa mañana en el negocio de ropa interior había cruzado el límite. Se escrutó cuidadosamente acompañando sus ojos con las manos enjabonadas, se acarició una a una las cicatrices que le habían quedado en las rodillas y pensó en las fotos, en la mirada de Tomás, en sus manos pequeñas, en la barba, en aquel Jesús que la miraba. Su mente comenzó a nublarse. El vapor de la ducha la asfixiaba. Sintió desfallecerse pero el placer era intenso. Cuando parecía que estaba a punto de ahogarse sobrevivió a sí misma. Tuvo su primer orgasmo.

Escribió toda esa noche.

— Esta es la historia de un Conde que coleccionaba dientes de doncellas. Era un tipo poderoso y taciturno que casi no tenía contacto con la gente del pueblo. Buena parte de la población no le conocía ni la cara, salvo las mujeres mayores de quince años. Esa era la edad en la que eran llevadas frente al Conde. Entonces éste las examinaba y seleccionaba de acuerdo a su peso, cabellera, la tersura de su piel, el brillo de sus ojos y sobre todo por sus dientes. De un total de 30 o 50 jóvenes quedaban

una o dos. Éstas eran tratadas como reinas hasta el día en que el Conde decidía iniciarlas sexualmente para lo cual eran sometidas a un doloroso tratamiento de extracción de dientes. Muchas veces se debía re convocar a las jóvenes del pueblo porque las anteriormente seleccionadas no sobrevivían al dolor. Las sobrevivientes, mujeres sin dentadura que luego volvían a vivir como campesinas, contaban que la obsesión del Conde con los dientes era porque le encantaba que le practiquen sexo oral. Tenía una verdadera fijación. Lo paradójico es que el final del Conde llegó un año en que seleccionó solo una chica. Se dice que tenía los dientes más hermosos que se hayan visto jamás. Pasaba el tiempo y el Conde la malcriaba en su castillo enamorado de sus dientes. Meses posponiendo la iniciación sexual. Hasta que un día no pudiéndose contener más la invitó a pasar a su alcoba sin haberle extraído ningún diente. Entonces se cuenta que la chica se lo comió al Conde y empezó a gobernar ella.

— La verdad debe ser difícil hacerlo sin raspar ¿no? — dijo una chica.

Diez días después de la primera vez, volvió al local de Tomás. Sabía que no era conveniente dejar pasar tan poco tiempo, pero lo hizo. Entró mucho más confiada, sentía que esta vez ella también sabía jugar. Tenía claro su rol y el otro. Lo miró tranquila. Comprendió que era un hombre triste pero bueno, inofensivo. Debe haber sufrido mucho. Lo dejó elegir. Quería que la vistiera. Que

a través del portaligas descifrara el lunar en su pantorrilla izquierda y así con cada parte de su cuerpo.

Fue al vestidor contenta. Se fotografió probándose toda la ropa. Luego comenzó a desvestirse. Su cuerpo reflejado en el espejo con tan solo una par de medias tres cuarto negras le puso otra vez la piel de gallina. Sintió la presencia de alguien afuera. Comenzó a morderse el pelo y acariciarse los pezones. Cuando Tomás la interrumpió preguntándole si estaba bien hubiera querido salir del probador y darle un beso, pero solo atinó a morderse el pelo con más fuerza. Dándose un respiro respondió que ya salía.

De vuelta en casa estaba feliz. Publicó las fotos y escribió una historia de amor.

El tercer encuentro fue hace unas horas. Había pasado un día del anterior. Su ansiedad por volver fue más fuerte que las reglas del juego. Apenas llegó notó el malestar en la gorda del local. Tomás estaba nervioso. Ya con las prendas en las manos se sintió contenta. Olvidando todo entró al vestuario y jugó con libertad. Sin embargo, la presencia de Tomás había cambiado. Merodeaba de una forma diferente, casi protectora. Más nervioso que de costumbre, la interrumpió. Ella trató de salir como siempre. Vio que peleaba con la gorda. Supo que discutían por ella. Supo también que se había enamorado. Quiso ayudarlo pero se sintió una estúpida de solo pensarlo. Dejó el montón de ropa en el mostrador y se fue.

Con el corazón aún agitado mira ahora las fotos en su cámara. Sentada en un banco de la peatonal no quiere pensar que quizás nunca más podrá volver al local, que lo había arruinado, que quizás echarían a Tomás, que es una pendeja. Mira las fotos sin mirar, absorta en las imágenes de la otra que supo inventarse, esperando que pase el momento, que pase todo y pueda volver a caminar sin que le tiemblen las piernas. Mira sus fotos obscenas sabiendo que quizás sean las últimas y sin saber que Tomás acaba de encontrarla después de mandar a la mierda a la gorda Marta y a su trabajo y la mira aliviado de saberla ahí, sentada con su cámara, jugando su juego perverso de verdad-mentira, justificando en la ingenuidad de las fotos la superioridad de esta mentira sobre la rutina, el trabajo y los buenos modales del colegio y la primera comunión. Tomás al fin se decide y se acerca.

—Hola, ¿Cómo te llamás? —le pregunta.

Índice

I Iniciación	11
Construyendo a Tomás	13
Telenovela	21
Grafiti	35
Casa Tomada	51
II Des-Iniciación	61
Time for Heroes	63
Cartas	77
Mujer Bonita	91
Historia de Amor a pedazos. Primera Parte	105
Historia de Amor a pedazos. Segunda Parte	117

